

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA

ÉTICA DE UN EXILIO

LUZ RODRÍGUEZ CARRANZA



VERA editorial cartonera

NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA

ÉTICA DE UN EXILIO



**NO HAY PLAZO
QUE NO SE CUMPLA**

ÉTICA DE UN EXILIO

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

LUZ RODRÍGUEZ CARRANZA



VERA editorial cartonera

UN TESTIMONIO FIADO

ROXANA PATIÑO

Además de muchas otras cosas que tuvimos en común a lo largo de ya varias décadas de amistad, comparto con Luz Rodríguez Carranza la diferencia de solo un año en el estupor que causó en ella el estallido sordo de la desaparición de su hermana, en octubre de 1976, y en mí la de mi hermano en octubre de 1975. Como sabemos, un gran estallido puede causar sordera, más cuando ese insoportable sonido —una figura del trauma— solo se escucha desde adentro porque el derrumbe no debe verse, mucho menos escucharse. Todo debe seguir igual, nada debe despertar sospecha. Debimos irnos o quedarnos sin que un solo aleteo alterara las alarmas. Sordera que nos dejó, además, mudas por mucho tiempo. Creo que luego de leer el despojado texto de Luz, sabremos que no se trata de la mudez en la denuncia, en la protesta, en la solitaria o acompañada lucha de tantos años bajo la bandera de la aparición con vida.

La clave de lectura de este texto, me parece, está desde las primeras frases y en la estela de las constataciones de Primo Levi: la angustia del testigo del horror del que no puede hablar en nombre propio. Allí está la marca del otro cuya voz no está, entonces tampoco la nuestra. Porque ¿qué historia contaríamos? ¿Realmente la de ellos? ¿O la nuestra sobre las cenizas tempranas de lo que ya no podrá ser y sí en cambio será lo que nos quedó de los restos del estallido y que se reconvirtió, remontando la culpa, en «una decisión

de vivir, un deseo, aunque con una marca que impedía reconocerlo como tal», como reflexiona Luz?

Una de las propuestas más distintivas de la colección *Testimonios. Huellas ante el olvido*, que con este ofrece su tercer volumen, es que sus textos no son un relato autobiográfico de una trayectoria intelectual, sino el de una experiencia vital en la que la voz del intelectual resuena entramada en el vértigo de los trabajos y los días, en los meandros de las memorias selectivas del testimonio —pequeñas escenas que pueden ser un aleph—, o en la desnudez de la actitud que se expone no sin temor al despojo de los ropajes del artilugio y la coartada que encontramos en el recurso a la cita de autoridad que nos presta su voz. El texto de Luz, creo, es un relato que se va retirando esos atavíos poco a poco, línea a línea, y nos presenta las formas de la «ética de un exilio» en la que ella se forjó, por la que luchó, a través de la cual generó saberes, se hizo camino entre las piedras, construyó espacios para América Latina, su cultura y su literatura, formó centenas de estudiantes y, sobre todo, escribió su obra en consonancia con las marcas de su vida, con la tinta y la sangre, de sus pasiones políticas y afectivas.

Los académicos tendemos a pensar que nuestras selecciones o preferencias disciplinarias están muy vinculadas a cuestiones del «estado del campo», o a las orientaciones institucionales, al mandato de nuestros maestros, en fin, a condicionantes externos que limitan o afectan nuestras propias decisiones de lo que indagamos. Al final del camino o muy cerca de él, terminamos dándonos cuenta que muchas veces es al revés, que siempre hemos estado escribiendo —casi obsesivamente— el mismo texto con distintas portadas *a pesar* de todo lo que nos podría haber llevado a otro puerto, otras decisiones de escritura. Tretas del débil, se dirá. Yo diría también, obstinado *ritornello* que va trazando un territorio. Luz expande acción y escritura en los pliegues de ese territorio. El lector la acompañará en los múltiples meandros de una vida y una letra que se buscaron y se plasmaron en la fragua de esa pregunta: «¿Qué pasó?» y a una le parece que no hay plazo para responder esa

pregunta. Hasta que la hora del despojamiento comienza a llegar y la respuesta donjuanesca comienza a pedir sus plazos. Ahí ya no queda sino agradecer a Luz Rodríguez Carranza que nos *fie* su testimonio. Que nos lo preste, que nos lo confíe, que por un momento —el de la escritura/lectura, el de la experiencia de los años— lo hagamos propio.

I. MARCAS

Mi exilio empezó pocos meses después de la desaparición de mi hermana Manú el 30 de octubre de 1976 y las dos posibles historias fueron siempre una sola, que nunca pude escribir. Dicho de otro modo, no podía dejar de no escribirla: era un relato que estaba siempre allí en su misma imposibilidad. No soportaba tampoco que hablaran de ella, ni que me pidieran que lo hiciera, pero tampoco podía hablar de mí. Primo Levi expresó de una vez por todas la angustia del testigo: no podés hablar en lugar de una víctima pero tampoco en nombre propio porque llevás la marca del que no puede hacerlo.

Los autorretratos fueron siempre una buena tangente. Textos en los que la imagen del que escribe es un rompecabezas —o un caleidoscopio— de retazos ajenos. Así, mi primera reacción a la idea de un testimonio fue una cita en broma: «dale» —me dije— «será *La búsqueda del tiempo perdido*. Y ya que estoy puedo empezar con “*longtemps je me suis couchée de bonne heure* [durante mucho tiempo me acosté temprano]”». Lo que quería ser una banalidad sonó sin embargo como una verdad: la primera de una serie que fue desatando las palabras. La frase señala un cambio: instala el pasado como tal. Algo ya no es como fue durante mucho tiempo tampoco para mí, y la primera evidencia es la foto de Manú que siempre subo a Facebook el 24 de marzo, día en que se conmemora a las víctimas de

la dictadura militar. En lugar de una carita infantil, como siempre, esta vez publiqué su imagen de veintidós años poco antes de que la secuestraran, irrevocablemente adulta y ajena. La segunda evidencia es, precisamente, haber empezado a escribir sobre ella y sobre mí.

¿Qué pasó? Nada en particular sino todo, vale decir, lo real y lo virtual, las líneas seguras y los puntos de fuga que se intercambian, un dibujo en el que yo ya no estoy en el lugar de siempre. Para algunos de los que teníamos veinte años a fines de los setenta y nos fuimos para no volver —cuando—quiero—llorar—no—lloro—y—a—veces—lloro—sin—querer— el exilio no fue un castigo sino una decisión de vivir, un deseo, aunque con una marca que impedía reconocerlo como tal. Mi primer psicoanalista —de dos que tuve— me preguntó en el 2005 por qué había ido a verlo y le contesté «porque no consigo escribir». «Yo creo más bien que usted está muy triste», me dijo y me largué a llorar sin querer, como en el poema de Rubén Darío. Creí que lloraba por Jan, mi marido holandés y su reciente agonía de diez meses, hoy sé que con la suya dolieron todas las muertes en las que no estuve, y todas eran la de Manú. No conseguí decirlo, abandoné el análisis y zafé diez años más.

Sabía perfectamente que les estaba dejando el triunfo a los espantos y me los encontraba a cada paso. *La fiesta del Chivo*, de Mario Vargas Llosa, por ejemplo, es la novela que más he detestado en mi vida. Es la historia de una mujer, periodista, que vuelve a Santo Domingo después de la muerte del dictador Trujillo. Tercera persona, creo, no quiero verificar sino contar lo que recuerdo, lo que arde, probablemente mal digerido. Al Chivo Trujillo le encantaban las adolescentes y el padre de la protagonista, siendo ella jovencita, se la entregó.

No se asustaba de los trazos gruesos don Vargas Llosa. Pero hay más, hay peor. La periodista no ha podido sacarse la marca de esa violación paterno-dictatorial. Visita al padre demente pero, aunque le pasa todas las facturas, el viejo está en otro planeta y ni se entera. No me acuerdo muy bien. De lo que sí me acuerdo es de que no hay liberación ahí ni mucho menos, no es Emma Zunz, que mató al que fue responsable del suicidio de su padre y al mismo tiempo dejó atrás

el mandato. La verdadera fiesta del Chivo es la marca que dejó. Esta mujer no pudo ni puede ni probablemente podrá nunca rehacer su vida, dice el narrador, o se lo hace decir a ella. Ninguno de los protagonistas del peruano puede sacarse la huella de la violencia de encima: hay un goce permanente de la víctima —¿cómo llamarlo de otro modo?— fascinada por «eso» que ha pasado a ser parte de ella misma.

La presencia del verdugo fue nítida cuando daba vueltas sin encontrar la punta del ovillo. Siempre pensé que me quedaba tiempo por delante —¿para qué? —, y salió la cita, cliché para los de letras: «¡qué largo me lo fiáis!». «De dónde viene eso», me preguntó mi segunda analista, la actual. Fue difícil explicar la frasecita de Don Juan pero, tic de archivo, me fui a buscar el texto de Tirso de Molina para ver lo que había alrededor. Fue sin anestesia. No solo la frase es el título de la primera versión de la obra sino que en la segunda —*El burlador de Sevilla y convidado de piedra*— es el corolario de una sentencia recurrente que yo publico en Facebook cada vez que un genocida es juzgado o condenado en Argentina: «No hay plazo que no se cumpla...», invariablemente completada por los amigos de aquella época, como un coro griego, «ni deuda que no se pague». Siempre pensé que era un refrán popular. Quizás también lo sea, pero resulta que la frase completa de Don Juan es «No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. ¡Qué largo me lo fiáis!».

Ahí me di cuenta de que estaba peor que la periodista de Vargas Llosa. Por un lado rencor, mi viejo rencor, y en esa cobrada había muchos, desde Guillermo, el novio de mi hermana —mi villano favorito— hasta la gente de mi pueblo o Videla. Pero por «otro lado» seguía pateando mi propia deuda hacia adelante como un fiado interminable y esa era mi marca. César Vallejo escribe que no se puede hablar del no yo sin dar un grito, y es lo que sucedió: tuve que usar las palabras del legajo 2905 de la CONADEP, releerlas aunque me las sabía de memoria y copiarlas textualmente. El nudo, sin embargo, se había desatado antes: cuando comprendí que mi culpa minimizaba tanto la decisión de mi hermana, de quedarse, como la mía, de irme. Las historias, como las decisiones, fueron dos, y para

mi mayor asombro lo que salió de mi exilio no fue la vida después, ni el yo sobreviví, ni es el *rinascero* ni la cigarra resucitando, ni una historia de resiliencia. Fue picaresca, y tuve que aceptar que, como Manú, hice lo que quise, y que eso, citando al revés una frase célebre en Argentina, no está mal. Está bien.

II. MANÚ

Nacho y yo viajamos de Córdoba a Bahía Blanca a principios de junio de 1975 con Iñaki de un mes envuelto en mi vieja manta de Tulumba, porque el Fiat 600 no tenía calefacción. Hacía más frío que en mi pueblo de las sierras, Valle Hermoso, en fiesta patria. Teníamos veintitrés años y habíamos sido militantes universitarios en Córdoba desde principios de los setenta, el final de la dictablanda de Lanusse y las elecciones que ganó Cámpora en el 73. Todo parecía posible en ese momento, aunque escuchar en directo el golpe en Chile y la muerte de Allende por los parlantes de Ciencias de la Información fue un heraldo bien negro, para seguir con Vallejo. En el 74 Perón echó a la juventud de la plaza y a principios del 75 parte de nuestro grupo pasó a «la pesada» porque la vía democrática se estrechaba y adoptó el nombre de Organización Comunista Poder Obrero (OCPO). El brazo armado de la organización se llamó, acabo de enterarme, Brigadas Rojas: no podía ser de otro modo. No fue un «grupúsculo minúsculo», como se chicanaba a la izquierda universitaria en los setenta, sino que, como Montoneros, tuvo mucha presencia en las coordinadoras obreras de gremios en lucha durante ese mismo año.

Recuerdo la noche en la que se decidió: caminábamos con Nacho por la Cañada al salir de una reunión de dirección y le dije que una cosa era la política universitaria y otra las armas, que enfrentarnos

con la represión era la de David y Goliat y que yo me borraba. Era lo que pensaba, pero, de hecho, no fue el único motivo para dejar la militancia. Lo que más me había indignado en la reunión era que me mandaron al descenso. Solo serían «cuadros», en adelante, los que podían profesionalizarse con disponibilidad absoluta. Yo trabajaba de ocho de la mañana a cuatro de la tarde como secretaria y después era ayudante en la facultad y escribía mi tesina de licenciatura. La decisión tenía su lógica ahora que lo pienso, porque tanto mis posibilidades económicas como mis prioridades eran otras, pero di en ese momento uno de los portazos irreprimibles que ritmaron mi vida: *vlan*. Esos portazos se imponen cuando tengo la certeza de que en el lugar donde estoy no me quieren, en el doble sentido del término, y de que no puedo hacer nada para cambiar eso. De chica me trepaba durante horas a un árbol con un libro. Después de una pelea en Valle Hermoso con Liana, mi hermana mayor, adultas ya —mi hija presente no podía creerlo— salí furiosa al jardín y ella gritó «tu rama ya la cortamos». En general nadie se entera en el momento mismo, *never complain, never explain*, nunca lamentarse, nunca explicar. Pero tampoco abrir el diálogo, entender lo que pasa o adaptarme. Ya me fui, aunque a veces lleva tiempo concretar la salida y nadie entiende por qué cuando lo hago. Poco después se abrió Nacho también y decidimos irnos al sur a buscar trabajo.

A partir de ese momento no supe más nada del funcionamiento del grupo ni de los que habían sido nuestros amigos más queridos. Tampoco de Guillermo, novio de Manú desde el 73 —se presenta como tal en su declaración a la CONADEP— solo que seguían juntos y en Córdoba. Yo estaba embarazada y el 17 de mayo, después de dar un práctico hasta mediodía en la facultad, rompí bolsa. Faltaban dos semanas para la fecha prevista. Nacho había viajado ese mismo día a Río Negro para una entrevista de trabajo y solo podía estar de vuelta tres días después, la distancia era enorme. Le avisé a Manú que vino inmediatamente. Veinte años ella y veintitrés yo, nos mirábamos en la maternidad de la avenida Chacabuco como diciendo y ahora qué. La enfermera sí sabía y nos pidió la ropa del nene. Ni se nos

había ocurrido. «Che, boluda, dentro de un rato va a haber un bebé aquí», gritó Manú. Salió quemando las gomas del Fitito y volvió con lo necesario. Esa noche larguísima se bancó cada contracción, cada puteada, empujó conmigo, exigió y consiguió la epidural —una primicia en esa época—, contuvo, acarició y fue la que recibió a Iñaki de manos del médico y me lo dio.

También estuvo con nosotros durante la depresión posparto, hirviendo los pañales de tela, vigilando el maldito cordón que no se caía y, sobre todo, consolando los llantos míos y de Iña por las amamantadas que eran una tortura. Iña no retenía la leche y adelgazaba sin que ningún médico diera en la tecla. Ya en Bahía Blanca el viejo pediatra familiar preguntó qué le dábamos. «La teta», dije yo, con cara de por ahí no va la cosa. «Ah, bueno, probemos con leche maternizada», dijo casi aburrido, y desde la primera mamadera el gordito mejoró. Así, lo que me quedó grabado fue que casi mato a mi hijo porque le pasé mis nervios y porque no supe amamantarlo. Me torturé (sí, segunda vez que uso el verbo en pocos renglones) durante décadas con eso, pero Nacho me recordó ahora que Iñaki tenía una plicatura de píloro. Le habían hecho radiografías ya en Córdoba y lo que había sugerido el pediatra bahiense era una leche más densa y un tratamiento postural, balancearlo boca abajo sobre las palmas de las manos, cada cien mililitros. Para sacudir al gordito rítmicamente, mi suegra inventó un cantito de murga que todos usamos: «¡a nuestro director/ le duele la barriga/ por eso lo meneamos desde abajo para arriba!», y lo enderezábamos de golpe para el eructo que hacía las delicias de los presentes. Cómo pude borrar eso —el diagnóstico y la ternura—, solo puede explicarse con la marca de la culpa que invadió todos mis recuerdos. Yo, la peor de todas, venga el cilicio, Sor Juana.

En Bahía Blanca conseguí trabajo casi inmediatamente. No lo intenté en la universidad porque Letras prácticamente no funcionaba sino, más modestamente, como celadora en el Colegio Nacional: había un puesto libre y me sobraba puntaje para ganarlo. Pudimos alquilar una planta baja en calle Mitre, con una oficina en el primer piso

que daba a la calle y podía servir como estudio jurídico para Nacho. Entretanto, para sacarme las ganas, di un seminario de teoría literaria en el Instituto Juan XXIII. Nacho había reencontrado amigos de juventud y en cuanto a Iñaki, la abuela y la tía abuela eran tan expertas que yo estaba de adorno. No conocía a nadie —la sala de celadoras era lo más parecido a la caldera del diablo que he visto— y extrañaba tanto a Manú que inventé el pretexto del bautismo para que viniera como madrina. En una agenda–diario suya que ya no sé cómo llegó a mis manos ella había guardado muchas cartas y había una mía sellada el 10 de julio de 1975: «Querida Munú (sic). El bautismo se confirma para fines de julio, entre el 20 y el 30 (se hará aquí en Bahía). La fecha exacta te la escribiré pronto, venís ¿no? Cuando vengas traeme mi Lettera 22 (siempre y cuando no vengas a dedo)». La Lettera 22, la primera Olivetti portátil, está expuesta en el Museo de arte moderno de Nueva York y cuando la vi en una vitrina me sentí Marty McFly, el personaje de *Volver al futuro* (ay). Era igual de chiquita que mi laptop de hoy, porque siempre necesité llevarlos a todas partes. Me la regalaron a los nueve años después de aprobar con velocidad máxima el curso de dactilografía de Pitman —yo, la mejor de todas— y escribí ni más ni menos que una obra de teatro: hay un orden en este caos, sin ninguna duda. La puesta en escena fue una catástrofe total, una comedia que se produjo precisamente cuando aparece un bebé al final de la obra. La madre, emocionada —actriz, Manú—, le muestra el recién nacido al papá —actor, yo— que vuelve después de dos años en el frente de batalla. Las carcajadas del público, y sobre todo la burla de Liana, mi hermana mayor, especialista en demoliciones de mi estatua, no eran el efecto que yo esperaba y abandoné definitivamente la creación. *Vlan*, portazo, pero fue una buena cosa para el arte.

En el verano del 75–76 viajamos a Valle Hermoso y fue la última vez que vi a Manú. Ya no era la misma, pero no me di cuenta. Al mirar hoy fotos de esos días —¡sacadas por mí! ¡el inconsciente óptico!— veo que su cara es un rictus sin ninguna sonrisa. Unos meses después se fue a Buenos Aires donde consiguió trabajo, y no tuvo mejor idea que alojarse en casa de Tito, un primo hermano nuestro,

de mi edad, que la adoraba desde la infancia: había sido criado por mi madre hasta los once años. El detalle es que era policía federal. Guillermo cuenta, en su declaración a la CONADEP de 1984, dos momentos espeluznantes que vivieron con ese hijo de puta:

En la ciudad de Buenos Aires, a los treinta días del mes de agosto de mil novecientos ochenta y cuatro, comparece ante la Comisión Nacional el señor GUILLERMO R. P. (...) a los efectos de realizar una ampliación en el Legajo No. 2905, quien espontáneamente manifiesta:

Que la Señorita María José Manuelita RODRIGUEZ secuestrada el treinta de octubre de 1976 en la ciudad de Buenos Aires, vivió en la casa de su primo hermano Juan Carlos RODRIGUEZ hasta el mes de agosto de 1976, es decir unos meses antes de su desaparición. Que el Sr. Rodríguez (...) se desempeñaba en ese momento como oficial de la Policía Federal en el cuerpo de Motociclistas, pasando posteriormente a revistar en la seccional 48 o 49 de la mencionada repartición. Que en una oportunidad en septiembre de 1976 el citado Rodríguez le expresó al dicente que formaba parte de las 3 A. (Alianza Anticomunista Argentina) mostrándole un bolso de lona, de color verde, que contenía dos granadas y diversas armas cortas, manifestando además que era para hacer «una opereta para reventar zurdos, en esos días». Esto sucedió en la casa del oficial de policía Rodríguez. En otra oportunidad, pocos días después, encontrándose el dicente con la srta. María José Rodríguez, junto con el matrimonio Rodríguez y otro matrimonio, en la avenida Corrientes haciendo cola para entrar al cine, el mencionado oficial Rodríguez manifiesta frente a un kiosco de revista y señalando un periódico del día que titulaba un supuesto enfrentamiento entre las fuerzas de seguridad y subversivos, que «en esa opereta habían estado ellos dos y que encima perdieron dos boludos que pasaron por ahí». (...) Que el dicente piensa que Juan Carlos Rodríguez no es ajeno al secuestro y desaparición de su prima (...) además de conocer Rodríguez el hotel donde se domiciliaba María José, junto con su amiga Silvia Bertolino, del cual fueron ambas secuestradas.

Lo que no me cerró mucho tiempo en esa declaración de Guillermo es que él fue detenido en Córdoba. ¿Cómo, después de presenciar esos dos momentos con Tito, la dejó en Buenos Aires? Él, «cuadro», ella no, ¿esa lógica de las orgas a la que yo le había dado el portazo? Peor aún fue lo que me contó veinte años después Isabel, probablemente la última de mis conocidos que vio a Manú con vida. Habíamos sido muy amigas y la reencontré gracias a Raúl Antelo que había vivido en la misma casa en São Paulo. Yo estaba en Florianópolis y postergué mi vuelo a Ámsterdam para pasar una noche en su departamento. Después de horas de hablar sobre cualquier cosa y terminar una botella de whisky me contó —si lo recuerdo bien— que cuando huyó a Brasil pasó por Buenos Aires y que Manú la acompañó a tomar el ómnibus internacional. Isabel le suplicó hasta último momento que se fuera a Brasil con ella pero la respuesta fue «no puedo, Guillermo me necesita aquí».

Nuestros antiguos compañeros cayeron en pocas semanas en «enfrentamientos» o en sus casas en Córdoba. Los «revientazurdos» —como se definía mi primo— lanzaron el operativo sabiendo exactamente a quiénes buscaban y dónde estaban. ¿Por qué nuestros nombres no salieron de la boca del Bocha, el compañero que delató bajo la tortura? Éramos mucho menos necesarios que otros. En *Inferno*, de Rafael Spregelburd, que vi hace unos meses, un personaje da nombres de gente que ni conoce para que no lo maten. ¿Justo ahora tenía que ver esa obra? Cuando se lo dije a Nacho me contó que el Bocha había protegido a los que tenían hijos. Sin embargo, según la declaración de Guillermo en el Megajuicio de Córdoba, lo protegió a él también. Esa explicación no sirve. No hay ninguna lógica para el horror.

Hoy sé que la responsabilidad del secuestro de Manú no fue de Guillermo. Ni mía, aunque ella lo haya conocido porque militábamos juntos y se cruzaron en algún momento, o a través de amigos comunes como Tomás o Isabel. La razón es contundente: nadie pudo nunca decidir por Manú. Era la libertad personificada y solo obedecía a su deseo anárquico, sin ningún tipo de freno. Recuerdo

una noche en la que Nacho pasó horas hablando con ella para convencerla de que no se fuera con un circo —con un trapecista, de hecho— y vino agotado a decirme que lo había conseguido. Manú lo había abrazado emocionada agradeciendo tener por fin un hermano. A la mañana siguiente se había ido, por supuesto. Todo era intenso en ella: era imposible no querer a «Manuchi», como la llaman aún hoy sus amigas de infancia, o dejarse querer por ella. Tenía una capacidad de ternura tal —darla y pedirla— que dejaba el tendal de amigos enamorados que aún hoy se iluminan al recordarla.

Su salud era fragilísima. Poco después de nacer había tenido una invaginación intestinal que exigió una operación difícil y la salvaron de milagro: hubiera tenido que cuidarse toda la vida, cosa que, por lo que sé, no le preocupó en lo más mínimo. Fumaba como un murciélago y nunca se privó de algo porque pudiera hacerle daño, en todos los terrenos, empezando por sus parejas. Cuando estaba hecha polvo, el humor la mantenía en pie. En el 73 Guillermo la internó de urgencia en el Hospital de Clínicas de Córdoba y como era estudiante avanzado de medicina, le permitieron estar presente durante la operación. Durante muchas horas —días— temimos que no despertara. Cuando lo hizo, y apenas pudo hablar, fue evidente que seguía siendo Manú. Lo miró a Guillermo y le dijo «bueno, me conocés por dentro y por fuera».

La fragilidad era solo física. Manú no fue una chiquilina despreciada que se transformó en una suicida manipulada —«meloneada» decíamos entonces— por su pareja o por la orga. Era leal, palabra que detestan los gorilas y que muchos, aun sin serlo, no van a entender nunca. Fue fiel a los suyos y confiaba en ellos —ni se le pasó por la cabeza la traición de Tito— y, por sobre todas las cosas, fue fiel a sí misma: así como dijo presente a mi lado cuando nació Iñaki, le dijo presente al compromiso militante. Alberto Oro, que fue secuestrado el mismo día, le contestó a Hugo Quiroga, que quería convencerlo de que huyera —como Isabel a Manú— una frase casi idéntica a la de mi hermana: «hay muchos compañeros muertos y desaparecidos, yo no los puedo dejar». Los que se quedaron sabien-

do lo que les sucedería lo hicieron libremente —tanto Alberto como Manú pudieron irse— porque algo era más importante que la vida misma, eso que hace que no seamos vida desnuda e inerte frente a la violencia.

Es con esa convicción y fuerza que «la más chiquita» de las tres hermanas Rodríguez le cerró la boca a «la más grande» en julio del 76 y a través de ella, hoy, a mí, «la del medio». Liana le dijo, entonces, preocupadísima, «¡estás jugando con fuego!». Manú, con el humor de siempre, le contestó con el título de un libro de Eva Perón: «Es la razón de mi vida, che». Se rieron, pero Liana tuvo que callarse porque la verdad estaba ahí. Me lo contó cuando yo, para escribir esto, hurgaba en heridas que siguen doliendo y mucho. Y agregó, muy seca, e incluso despectiva: «Vos no tenés nada que ver». Tenía razón. Mi culpa la infantilizaba a Manú y le quitaba responsabilidad tanto a su decisión de quedarse, como a la mía de irme.

El desenlace, más que anunciado, está en la declaración del sereno del hotel Metro ante la CONADEP (las mayúsculas están en el legajo):

Datos del procedimiento:

Fecha: Treinta (30) de octubre de 1976. 2 hs.

Lugar: Capital Federal; Hotel METRO, Libertad 851, hab. 64.

Ejecutores del procedimiento:

un grupo de personas de sexo masculino, quienes exhibieron documentos de la Policía Federal (vestidos de civil) solicitaron al sereno del hotel de nombre «Gastón» que llamara a la puerta de la hab. N. 64 y dijera que a «Manú» la buscaban en el piso de abajo; cuando la interesada contestó encañonaron al sereno y lo apartaron de la puerta impidiéndole continuar hablando, dieron un empujón y se introdujeron dentro de la habitación, mientras uno quedaba de guardia, llevando al sereno a un rincón del piso. Pasada algo más de media hora obligaron al sereno a ponerse de cara a la pared en un rincón, contar hasta mil antes de moverse, en el transcurso de ese tiempo se oyó salir a las personas de la habitación, al escuchar que descendían por la escalera, el sereno alcanzó a ver que se llevaban a Manú y a su compañera de habitación,

Silvia Bertolino Loza, ESPOSADAS, con las manos en la espalda y ENCAPUCHADAS.

Gestiones realizadas:

Delia María Adriana Rodríguez, hermana de la detenida; (...)

Se efectuó la denuncia en la Sec 15 de la Capital Federal sita en SUIPACHA 1100 el sábado 20 de noviembre de 1976. Tras haber, inútilmente, intentado dirigirse (sic) a la dirección General de la Policía Federal.

DESDE EL 30 DE OCTUBRE DE 1976 SE CARECE DE NOTICIAS DEL PARADERO DE MARIA JOSE.

Sí, los policías dijeron «Manú». Si nuestro primo no estaba con ellos, había dado las informaciones. La madre de Silvia había recibido, gracias a un guardián, una notita escrita por su hija diciendo que Manú y ella habían sido secuestradas. Le avisó a Liana, que se fue a Buenos Aires, pero poco pudo hacer aparte de esa denuncia en la seccional 15. Trabajaba en un hotel de la Obra Social del Ejército en Cosquín y sus jefes, los tecos, como los llamaba —¡tenientes coroneles!— le dijeron, primero que ya no la encontraría y, después de un par de semanas, que se cuidara, lo que era una amenaza explícita.

En 1976 la Bahía Blanca de la Marina, de Puerto Belgrano, del diario la Nueva Provincia y de Remus Tetus en la Universidad del Sur no era mucho más tranquilizadora que Córdoba o Buenos Aires. Un Falcon verde se estacionó delante de nuestra ventana una noche. Éramos cinco en la oscuridad, Coco, Leti, Enrique, Nacho y yo cruzando los dedos para que Iñaki no se despertara o hiciera ruido. No era para nosotros: entraron a llevarse a unas chicas que vivían en un departamentito del fondo. «Pasó la muerte y no era el día», canta Isol en el álbum de *Sima* que escucho casi todos los días cuando escribo esto.¹ En noviembre nos avisaron que Coco estaba en una lista y que si no se iba, «era boleta», como se decía entonces. Ese mismo mes se fue con Leti a París, Nacho a Bélgica en diciembre, yo

1 https://www.youtube.com/watch?v=oblPQxXb_oQ

en mayo y después Enrique. Vendí hasta el loro y después de pagar los pasajes y mandar por barco un baúl con objetos imprescindibles quedé con quinientos dólares. El Fitito —que sí tenía calefacción pero no la habíamos encontrado, estos intelectuales, un desastre doña— se lo había regalado a Nacho su madre cuando se recibió de abogado y cuando nos fuimos de Argentina nos lo compró: «soy la única que paga el mismo auto dos veces». Humor y control de las situaciones nunca le faltaron, ni siquiera en el momento en que se le fueron el único hijo varón y el primer nieto, criado por ella. Me tocó pasar Año Nuevo del 77 en su casa —Nacho ya en Europa— y cuando todos brindaban me fui a llorar al balcón por Manú. Su voz me secó las lágrimas de cuajo: «por favor, que no te vean así mis invitados». Tenía razón, y no volví a llorar por ella hasta mi primera sesión de análisis, casi treinta años más tarde.

En mayo del 77, con valijas, gordito y triciclo partí a Buenos Aires a tomar el primer avión de mi vida —que fue el primer KLM— 11 500 kilómetros a Bélgica vía Amsterdam. Lejos estaba yo de pensar — como dicen las novelas del siglo XIX— que ese trayecto se volvería tan habitual para mí como el tren de Leiden a Bruselas. Primero tenía que retirar pasaportes. El de Iña estaba, el mío no. Una semana yendo todos los días temblando a la Policía Federal. Era como entrar en la sede central de la Gestapo, o bajo el cartel *lasciate ogni speranza voi che entrate*. Se me ocurrió preguntar «¿por qué el de mi hijo sí y el mío no, si los tramité al mismo tiempo?». El cretino del policía escupió con sonrisita gozadora «los niños no pecan». Finalmente, era un error de número: yo presentaba el DNI, que servía solo para votar en esa época, en lugar de la cédula federal que era la de la policía.

El despegue de Ezeiza fue un alivio indescriptible. Me iba sintiendo más libre cada cien metros de altura, alejándome de ese Río de la Plata que siempre me pareció macabro y lleno de restos de naufragios, a diferencia del Paraná o cualquiera de sus brazos, la «fabulosa lampalagua» que puedo mirar fascinada durante horas. No sabía entonces de los vuelos de la muerte: ahora miro hacia otro lado cuando lo sobrevuelo, como cuando paso cerca del «bello» Lago

San Roque en Córdoba. En Schiphol, el aeropuerto internacional de Amsterdam —mi puerta galáctica entre dos mundos— tuve diez horas de espera porque el vuelo de conexión con Bélgica había sido anulado. Agotada, calmando a Iña que lloraba porque había visto que se llevaban su triciclo en el carrito de los equipajes, nuevo pánico: un ropero de dos metros con uniforme de policía venía inconfundiblemente en mi dirección. Busqué desesperada los pasaportes, pero el holandés, con sonrisa desarmante, solo quería decirme que tenía que descansar y que había un lugar de reposo para padres con bebés y niños chicos en conexión, con cunas, mamaderas, algo de comer y juguetes.

En el aeropuerto de Bruselas no me esperaba nadie. Nacho se había ido cuando fue evidente que no llegaba el avión previsto y no había smartphones ni whatsapp. Ni siquiera tenía un número de teléfono donde llamarlo. Tenía una dirección, y aunque sabía que Lovaina era otra ciudad y que estaba a treinta kilómetros, tomé un taxi —ay los dólares— y llegué. Bajó el taxista con el número de departamento y empezó a preguntar. Yo bajé por mi lado con el gordito en brazos y nos encontramos con Nacho en una esquina. Cuando, semanas después, llegó el baúl con las cosas «imprescindibles», saqué el quillango de Tulumba, mi Lettera 22, un amate mexicano y una reproducción de Van Gogh. El departamentito se convirtió en mi casa. ¿Dónde, si no? Sonia Mattalia —amiga querida sobre la que volveré más tarde— me dijo una vez que yo hacía casita hasta en un cuarto de hotel.

III. LOVAINA ERA UNA FIESTA

El Begijnhof —Beguinaje— de Lovaina es un conjunto de casitas rodeadas de una muralla, mucho mayor que el de Brujas o el de Amsterdam, y fue totalmente reconstruido por la Universidad en los años setenta. Su fundación data del siglo XIII y en el XVII vivieron allí mujeres solteras, las beguinas, sospechosas de apoyar a los herejes albigenses, hermanos del Libre Espíritu y otros. Las fachadas fueron restauradas como eran: ladrillos ocre oscuro con marcos de ventanas y puertas en piedra de Geldenaken, Holanda (detalle que hoy tiene su importancia porque allí pasó su infancia Jan, mi marido holandés, *corsi e ricorsi*, diría Vico). Los departamentos fueron destinados a alojar estudiantes extranjeros con hijos y profesores invitados. Las murallas rodean una iglesia, una decena de callecitas y tres puentes sobre el río Dyle que se divide en dos atravesándolo.

En el 77 los latinoamericanos éramos mayoría. Todos teníamos menos de treinta años e hijos chiquitos. Los chilenos llegaron primero, en el 73, y monopolizaron todos los subsidios y becas del gobierno belga para exiliados: de hecho, las administraban ellos mismos. Los colombianos habían llegado con promesas de becas de la universidad de Lovaina francófona pero los trámites para que se hicieran efectivas duraban una eternidad. Se impone una explicación: estábamos en *Leuven*, la antigua Lovaina, en tierra flamenca, neerlandófona. La universidad había sido francófona pero en 1968

la protesta estudiantil, contemporánea de la de París, tuvo como eje la reivindicación lingüística de estudiantes y asistentes flamencos y fue tan intensa que el gobierno decidió desdoblar la universidad. Hay una broma que dice que dividieron los libros de la biblioteca central en pares e impares pero nunca lo verifiqué. Se decidió que los flamencos se quedaban con la ciudad de Lovaina —que pasó a llamarse Leuven en todas las instancias— y a los francófonos les construyeron un campus del otro lado de la frontera lingüística, Louvain-la-Neuve (Lovaina la Nueva), totalmente peatonal, con túneles donde circulaban los automóviles y ómnibus y parkings con ascensores que permiten subir directamente al lugar deseado. Aunque se construyeron también casas para profesores y departamentos para estudiantes, no dejaba de ser, sin embargo, un campus en medio de las vacas y de viernes a lunes era un pueblo fantasma.

Cuando llegamos todavía había facultades de Louvain que funcionaban en Leuven, alojamientos estudiantiles abiertos a los inscriptos en las dos universidades —como el Beguinaje— y, sobre todo, había bares, cafés, vida nocturna, diversión. Para jóvenes exiliados con hijos y sin recursos, vivir en Louvain-la-Neuve era todavía imposible: con excepción de los mexicanos, que tenían becas del CONACYT, nadie tenía un franco partido por la mitad y necesitábamos los trabajos informales en la ciudad, en el comedor universitario, limpieza de oficinas, de casas, de jardines, cuidado de niños. En cuatro meses, antes de que yo llegara, Nacho había sido admitido para un doctorado en derecho social de Louvain, lo que le daba el permiso de estadía, a él y a su familia. Había encontrado un trabajo de verano —cinco meses— en una empresa de mudanzas en el puerto de Amberes y había conseguido el departamentito del Beguinaje. Yo empecé a buscar trabajo también, pero con Iña a cuestas era difícil y lo mismo le pasaba a otras latinoamericanas, con excepción de las chilenas que trabajaban sin problemas porque, como decían, se ayudaban mutuamente en el cuidado de los hijos.

Pronto me enteré de que había una guardería universitaria casi gratuita para hijos de profesores y alumnos y encontré allí a todos

los chilenitos. Marisol me lo explicó: «Luz, me dicen todos los días que no puedo ser amiga de una argentina, que vas a aprovechar tú todas las oportunidades que se me presenten». «A mí ella me tinca, pó» fue la respuesta de Marisol. Fuimos inseparables hasta que ella se volvió a Chile, a pesar de los Montescos y los Capuletos, así como Iñaki jugó con Pedrito Rodas hasta que regresó con sus padres a Santiago. Ese prejuicio, como todos, tiene asidero y al convivir entre latinoamericanos he comprobado qué es lo que provoca aprensiones o irrita, según los casos. Nunca me sentí ni me comporté como «ciudadana de segunda categoría» en ningún lado y creo que lo mismo les pasó a otros argentinos que conocí aquí. Elisabeth Díaz me dijo una vez en La Habana que los cubanos eran considerados arrogantes y que los llamaban «los argentinitos del Caribe»: «es el orr-gu-llo, chica». Pero no me parece que sea lo mismo. Orgullo, en el sentido cubano, es lo que te queda cuando sentís que te han quitado todo y seguís con la cabeza alta y luchando. Nosotros, en cambio, vamos por el mundo convencidos de que no nos falta nada aunque andemos con una mano atrás y otra adelante.

Alfredo, un amigo colombiano, era la persona más solidaria que encontré en mi vida. En el departamentito del Begijnhof que compartía con María Luisa y dos nenes de la edad de Iña se refugiaron todos los latinoamericanos que llegaban sin techo a Lovaina, y cuando no cabían, Nacho los metía en el nuestro, a pesar de mi resistencia. Los niños, cuando no estaban en la guardería, circulaban por las casas de todos o, en verano, jugaban en plena libertad afuera, no había autos ni peligros dentro de las murallas. Algunas veces yo tenía cuatro o cinco chicos para la merienda; otras, tenía que buscar al mío. La imagen más dulce de esa época para mí es la de Juan Manuel, peruanito de 3 o 4 años: el «Tumba» le decía su propio padre, pobrecito, porque casi no hablaba, se manejaba con gestos y gruñidos y su carita solo se iluminaba cuando veía a Iñaki. Desaparecía con frecuencia. Una noche de fiesta en casa de Alfredo, cuando todos nos íbamos con los nenes dormidos en brazos, no estaba Juan Manuel. Buscamos horas, desesperados. Vino la policía con perros

que bajaron a los canales y ya amanecía cuando escuchamos los gritos del Tumba en una ventana llamando a Iña: se había metido bajo una cama durante la fiesta, se había tapado con una manta que estaba allí abajo y no se había enterado de nada.

La beca de Alfredo no llegaba pero tenía una enorme bolsa que disimulaba bajo el abrigo a la que llamaba «la beca» —la palabra en francés es *bourse* para las dos cosas—, porque le daba de comer. Con otros amigos, se llevaba comida de los supermercados y la repartía después como Robin Hood. Sostenían además que no era un robo sino una forma de «hurto famélico» (sustracción de productos de primera necesidad por un individuo sin emplear los medios de violencia física o moral) y lo llamaban «nacionalización». El 24 de diciembre lo sorprendió un agente de seguridad del supermercado y lo llevó a la oficina del gerente. Alfredo les hizo una descripción tal de su situación —y del incumplimiento de la universidad que lo había traído con su familia sin darle los medios prometidos— que no llamaron a la policía sino que le dieron hasta la hora del cierre para juntar el dinero y pagar lo que se estaba llevando. Los latinoamericanos estábamos aureolados de romanticismo por la imagen del Che de Alberto Korda y los golpes militares: para un africano o marroquí la situación hubiera sido muy distinta. Al gerente le quedó, sin embargo, una piedra en el zapato. «Entiendo que quiera darle a su familia algo para celebrar Navidad, no debe ser fácil su situación. ¡Pero usted se está llevando un champagne que ni yo me puedo pagar!». He comprobado muchas veces que el síntoma inequívoco de una mentalidad de derecha que se ignora es que le fastidia que los «asistidos» tengan gustos caros. Todos colaboramos en pagar la factura y esa noche Alfredo pidió un brindis «¡con el Veuve Clicquot cosecha 1975 que ni el gerente del supermercado se puede pagar!».

Al terminarse el trabajo de Nacho en Amberes se acumularon dos meses de alquiler atrasado y nos llegó una carta intimando el pago con amenaza de desalojo. Sin pensarlo dos veces Alfredo recorrió los departamentos de sus amigos hasta que reunió el dinero que debíamos. «¿Y ustedes?» fue nuestra pregunta. Carcajada: «debemos solo

un mes y cuando nos llegue la carta habrá salido mi beca o haremos este recorrido de nuevo». La beca le salió. Pero no la que esperaba, que demoró un año más, sino otra que habían solicitado varios, Nacho incluido: en la antigua RUCA (Centro Real Universitario de Amberes) había dos maestrías de seis meses cada una, en Planeamiento Económico y Finanzas Públicas, con presupuesto misterioso y becas destinadas a formar a los futuros dirigentes del Zaire, el antiguo Congo Belga. No era cosa que les saliera otro Lumumba. Para disimular o porque no había suficientes estudiantes africanos, los requisitos ese año fueron más amplios: «para estudiantes de países en vías de desarrollo». Argentina no formaba parte de la lista pero Nacho ganó las dos. Ayer, buscando documentos en el baúl, apareció el papel que me dejó ese día sobre la mesa: «¡NOS SALIÓ LA BECA! Iñaki *est chez* Alfredo. Yo me fui con Alfredo a hacer un job de limpieza de una imprenta. Vuelvo alrededor de las 7. (19)».

Eran 17000 francos belgas por mes, de septiembre 77 a agosto 78, una fortuna para nosotros. Ni idea del cambio con el dólar pero el alquiler nos costaba 4500 francos. Pudimos ahorrar. Llegó justo: ese año fue el de mi segundo embarazo y, gracias a la beca de Nacho, me dediqué a preparar un proyecto de doctorado. María José, a la que llamamos así por Manú —aunque ella eligió «Marie»— nació el 26 de julio de 1978, día del paso a la inmortalidad de Eva, de la toma del Moncada y de la primera beba probeta. El permiso de estadía por los estudios de Nacho se había acabado pero lo renovamos con mi inscripción y la suya en el INSAS, la escuela de cine de Bruselas.

IV. GENEALOGÍAS

Mi madre y mi padre enfermo de malaria habían llegado de Misiones a Santa María de Punilla, en las sierras de Córdoba, en 1946, porque era sabido que ese aire curaba —y fue el caso— y después al cercano Valle Hermoso donde fueron maestros en la escuela nacional 145. Mi padre estudiaba el profesorado de Historia como alumno «libre» —iba solo a presentar los exámenes— y era uno de esos personajes hábiles para hacer cualquier cosa. En Misiones, cuando era maestro rural en Línea Cuchilla, hablaba alemán, polaco, portugués, guaraní y lo que fuera necesario en esa zona de frontera. Cuando se abrieron los secundarios en Valle no dio clase de Historia sino de matemáticas, su gran pasión, en la que era totalmente autodidacta. No hacían falta diplomas en las sierras en esos años. En Valle Hermoso se dedicó también a restaurar las obras de arte de la capillita abandonada de San Antonio, de principios del siglo XIX, imitando —con audacia, como dice él mismo en la *Historia de la capilla* que escribió— las técnicas originales.

En la Capilla se encontró con el personaje central de mi infancia y adolescencia que merecería un libro aparte: Simón Leclef, quien era todavía Dom Marc, un monje benedictino belga de la abadía de Keizersberg, en Lovaina. Durante la Segunda Guerra Mundial había dejado los hábitos y había entrado en el servicio de inteligencia británico. Su salida de la abadía, donde se asfixiaba, había sido

posible porque era confesor y amigo de la reina Elizabeth de Bélgica. El pretexto fue enrolarse y ella le consiguió un puesto de capellán de fragata con tanta mala suerte que le tocó participar de la evacuación de Dunkerque entre el 26 de mayo y el 3 de junio de 1940, operación —también llamada el milagro de Dunkerque— que rescató de la playa francesa a soldados aliados que habían quedado aislados de su retaguardia por el ejército alemán. En nueve días, bajo las bombas de la Luftwaffe, fueron salvados más de trescientos mil soldados por una flota de ochocientos barcos de todo calibre que acudieron a ayudar, desde navíos de guerra hasta veleros deportivos y pesqueros. Me quedaron grabadas algunas frases: «Fuego por todos lados, sobre el agua en los barcos vecinos, desde el aire por las bombas arrojadas por los aviones, desde la tierra donde los alemanes ametrallaban a los que corrían por la playa hacia el mar».

Tenía 41 años y quedó blanco de canas en una noche. Fue también dado por muerto en un barco bombardeado y se despertaron, él y tres más, en la cubierta de un pesquero danés. A partir de ahí hay un blanco en sus relatos, y lo reencuentro bajo la cobertura de funcionario del consulado belga en el Madrid franquista, donde su tarea fue liberar a doscientos prisioneros belgas del campo de detenidos de Miranda de Ebro. Tuve conmigo hasta la última mudanza de Leiden el hermoso pliego con una bandera belga en tinta china que firmaron todos, encabezado por «Las palabras no saldan una deuda, pero ¿qué otra cosa podemos darle para mostrarle nuestro agradecimiento? No somos más que prisioneros». Todos estos relatos los logré a fuerza de preguntas, durante largas veladas, tomando ginebra él y whisky yo. Su última misión fue espiar al mismísimo abad benedictino de Buenos Aires, sospechoso de apoyar a los nazis. Se tomó luego vacaciones de seis meses por exigencia de sus mandos y como no soportaba ver grandes masas de agua después de su naufragio le sugirieron descansar en las sierras de Córdoba.

Los dos, mi padre y él, se entusiasmaron con el proyecto de restauración de la Capilla. «Él llegó enfermo de las ricas tierras de Misiones» —dice Leclef en el prólogo de la *Historia de la Capilla*

escrita por papá— «yo llegaba, no mucho mejor, de la Europa en guerra». El belga apeló a todos los compatriotas adinerados que encontró. Entre los andamios celebraba misa para los obreros vestido con un overol pero en la inauguración en 1951 no pudo resistir: se puso sotana y casulla y concelebró con el Obispo que había venido a bendecir la capilla e incorporarla al patrimonio eclesiástico. Fermín Lafitte —el obispo— lo presionó para que se quedara como cura de la capilla dependiendo de la parroquia de La Falda. Para eso tenía que desligarse de su abad benedictino de Lovaina y afiliarse al clero de Córdoba. Qué lo decidió, no lo sabré nunca, pero dejó de ser Dom Marc, OSB (Orden de San Benito) para volver a ser Simón Leclef —su nombre de bautismo— y cura de Valle Hermoso. Se fue a vivir con mis padres y mi hermana Liana de diez años a La Ciasute, «casita» en piemontés, y ahora pienso que si «hago casita en cualquier lado», como constató Sonia Mattalia, lo que hago es reproducir con detalles —que solo yo veo— mi casa de infancia en cualquier lado. De hecho, el diminutivo no cuadra: es una casona con pisos calcáreos maravillosos y dos alas separadas en el primer piso, hoy reciclada en hostel por mi sobrino quien la rebautizó, atinadamente y con buen olfato comercial, La casa del Padre Leclef. Para Manú y para mí era «el abuelo», por su pelo blanco, y los amigos de aquella época que lo conocieron —Mirta, Norma, Nacho, Enrique— todavía lo llaman así. Le debo todo el cariño de mi infancia y primera adolescencia, la ironía, la certeza de que siempre hay una solución y el francés que hablaba con mis padres y que incorporé de chica. Si estamos en Bélgica, además, y si Marie nació en Leuven, es también gracias a él: durante los cinco meses antes de que yo llegara con Iñaki, Nacho vivió en la abadía benedictina de Keizersberg de donde había salido el joven *père* Marc casi cuarenta años atrás. Fue recibido con los brazos abiertos por el *père* Jacques, hermano del abuelo que era también monje allí, y por el *père* Hildebrand, el delicioso bibliotecario que recordaba perfectamente a su amigo.

Cuando yo tenía doce años, mi padre se fue de casa con una señora que encontrábamos a diario en la pileta de Vaquerías —que

hoy pertenece a la universidad— donde Manú y yo aprendimos a nadar desde muy chicas. Fue la primera vez que tuve la intuición, sin entender, de las cosas que pasan al mismo tiempo. Mamá entró en un encierro mental que hoy en día quizás podría tratarse con antidepresivos pero entonces le dieron láudano que la dopaba completamente. El abuelo no sabía qué hacer con nosotras y nos mandó a un internado en Santa Fe, primero a mí y tres años después, cuando yo ya estaba en la universidad, a Manú. Fue un alivio dejar las maledicencias del pueblo que, aunque era chiquilina, me lastimaban a diario. Hay un haiku de Basho que expresa lo que siento aún por Valle Hermoso: «Mi pueblo/ Todo lo que veo y toco/ florece en zarza». «Hice casita» en el colegio inmenso con sus mil recovecos, incluida la misteriosa zona de la clausura porque disponía de cajas de novelas que me mandaba el abuelo a mi pedido. Las que me gustaban más las leía varias veces, alterando el orden de los capítulos, como hacía con los volúmenes del *Tesoro de la Juventud* y con las enciclopedias de la biblioteca del colegio. Siempre leí así y *Rayuela*, más tarde, me pareció completamente normal. Por las noches, en el dormitorio, les contaba las novelas a las otras. Ahora que lo pienso, no hice otra cosa durante toda mi vida después.

Al recordar esos dos años me parece que duraron mucho más tiempo, probablemente porque además de haberme permitido huir de una infancia destruida —las cosas por su nombre— tuve tres amigas y una formación que me marcaron hasta hoy. Llamar amigas a Esther, Norma y Marta es insuficiente para lo que fuimos entonces y somos hoy, sin que haya cambiado ni una fibra del amor ni de la incondicionalidad absoluta. Veníamos sangrando cada una de manera diferente y no podíamos ser más distintas. Pero no hablábamos de eso. Esther, Pancha la dulce, nunca supo que era capaz de dar tanta ternura. Su abrazo protector cada mañana lo llevo puesto todavía. De sus fines de semana traía relatos mucho más excitantes que mis novelas, los de las películas que veía —cuando leí a Puig volví a escucharla— y los de los pretendientes que la dejaban azorada porque tampoco sabía que era hermosa. Norma era la «niña

prodigio», la más joven hasta que llegué yo, y era lectora voraz. A los catorce años ya era escritora y siempre fue la encargada de hacer existir materialmente lo que nos identificaba. La recuerdo leyendo en alta voz lo que había escrito: lo que más me fascinaba era su talento para darles a las frases un tono y un ritmo que a veces las ridiculizaban y a veces las llenaban de emoción. Le debo la conciencia de la musicalidad de un texto, la búsqueda de una palabra más por sus sonidos que por su imagen o significado. Adulta, publicó relatos llenos de humor sobre las mujeres de la inmigración europea en Santa Fe que hay que leer en voz alta para percibir los acentos piamonteses o valezanos. Marta era la fuerte, con su lengua acerada y su ironía: recuerdo los recreos caminando juntas del brazo por el patio de los paraísos riéndonos sin parar. Las demás le tenían un respeto absoluto —también las monjas— y fue nuestra protectora frente a ciertas compañeras que, según me contaron hace poco, nos despreciaban por pobres o nos desconfiaban por raras. Yo no me enteré nunca de quién era pobre ni rica. Nunca me enteré de nada que no me interesara directamente, la verdad. Éramos raras las cuatro, eso sí, cada una a su manera, en nuestros mundos paralelos a la pampa santafesina.

Las monjas del Calvario en esa época eran muy progres, formadas por una misteriosa provincial francesa, gran amiga del abuelo, de la que nunca supe el nombre: aparecía de vez en cuando en Santa Fe. Las monjas la llamaban *Ma Mère* y nosotras, menos elegantemente, «La Mamerta». Nuestra responsable de promoción fue «la» —sí, soy cordobesa— Josefa Cimadevilla que nos cortó a todas con la tijera de un feminismo hecho de conciencia de nuestros derechos, por un lado, y por otro, de autoexigencia. Los dos aspectos podían manifestarse en frivolidades o en cosas muy serias. Así, un día que una compañera comentó que su madre pensaba que usar bikini era pecado, la Josefa no pudo reprimir un brillo de diversión en los ojos que recuerdo muy bien. De inmediato decidió abrir la discusión al respecto y pidió opiniones que fueron, en su mayoría, bastante timoratas. Hasta que Patricia levantó la mano: «Yooo, no me lo pondría.

Pero si alguna quiere hacerlo...» —rojísima— «...tiene derecho». Si Patricia —una de las mejores alumnas e hija de un general según mis recuerdos— lo decía, el tema estaba cerrado para las demás: estábamos en 1965. Cuando hicimos el último retiro espiritual, un año más tarde, la Josefa nos permitió elegir al cura que nos guiaría. Ni lerdas ni perezosas pedimos al guapísimo padre Alejandro Mayol, estrella de la radio y la incipiente televisión que había logrado con su guitarra un éxito semejante al de la famosa *Soeur Sourire* belga que cantaba en esa época el Dominique—nique—nique. Al pobre padre Alejandro le faltaba, sin embargo, la experiencia con brujas adolescentes. Presionado por nosotras, aceptó que si había amor no había problema con el sexo antes del matrimonio. Una de las más pacatas se lo contó a sus padres y ardió Santa Fe. Salem un poroto, las monjas en la hoguera. Pero lo estarían por cosas mucho más serias.

La autoexigencia fue indeleble. Cada vez que veía crecer monstruosamente el aparato de referencias de mis artículos —o en las tesis de mis alumnos— me acordaba de la Josefa y de su horror al plagio. Todas hemos trabajado a destajo, cada una en lo suyo, pero el mandato iba más allá: podíamos y debíamos ser capaces de aguantar cualquier cosa. El lema de María del Calvario era, me recordó Marta, «de pie junto a la cruz» (aunque ella agregaba siempre, por lo bajo, «con un banquito»). La exigencia de apertura era social: el segundo lema era «una joven para servir a los demás» (y aún sigue). Nuestro capellán era Osvaldo Catena. Músico, fue con Jesús Segade traductor y adaptador de los textos de la Misa Criolla, de Ariel Ramírez. Su actividad más importante, sin embargo, fue la militancia —no veo cómo llamarla de otro modo— en un barrio marginal del noroeste de la ciudad, el Triángulo, rebautizado Villa del Parque. Varias monjas del Calvario lo acompañaban y también algunas alumnas, entre las que estuve yo.

Coherente, Catena se fue a vivir a una choza del barrio en 1968, el mismo año en que se celebró el Primer Encuentro de Sacerdotes del Tercer Mundo. En un documento de Gendarmería Nacional, en 1970, se califica como «peligrosos» a dos sacerdotes de Santa Fe,

Atilio Rosso, fundador del Movimiento Los Sin Techo y Osvaldo Catena, considerados como peronistas, como también José Luis Lazzarini de la Inmaculada y «la madre superiora del colegio El Calvario» que en ese momento era precisamente la Josefa. Se los cuestiona como incitadores de la actividad militante de jóvenes, invitándolos a participar en actividades con enfoque peronista o simplemente izquierdista.

Por lo que pude reconstruir en internet y en relatos de compañeras, Catena estuvo preso en 1971 y 1972. Y en 1974 fue sacado por sus superiores de la noche a la mañana de su casita del Triángulo y escondido en una abadía de Entre Ríos, primero, en Los Toldos después y finalmente en Azul, con orden terminante de dedicarse a la música (y dejarse de joder con los pobres, agregaría yo). Según me contaron, con la Josefa —que había recuperado hijos de desaparecidos— pasó algo semejante: la mandaron a las misiones africanas. Cuando regresó, años después, no tuvo ningún cargo visible en el colegio y se rumoreaba que tenía Alzheimer. Puede ser, pero seguía siendo ella: en esa época se cruzó con Marta, ya profesora allí, que lloraba por problemas familiares y le largó: «¡dejate de llorar, yo no te eduqué para trapo de piso!».

Ser dos años más chica que las otras en el ambiente protegido del Colegio no me había causado ningún problema. Pero cuando entré en la universidad, en Córdoba, a los quince años, no entendía nada de lo que me rodeaba. Cada fin de semana volvía a Valle Hermoso donde me esperaba un novio italiano cinco años mayor. Su madre me había «adoptado» y decidió que tenía que aprender varias cosas: a coser y a cocinar, por ejemplo. Nunca conseguí hacer la polenta como ella —la que se corta con un hilo— pero lo que sí aprendí fue el italiano que ella impuso para que los hijos no tuvieran que elegir entre el friulano y el véneto de los padres. Era una estilista talentosa y dirigía con mano firme una pequeña fábrica de modelos exclusivos en tejido de punto que se arrancaban muchas boutiques de todo el país. Los quise mucho, a ella y a toda la familia, hasta el día de hoy.

Al empezar el segundo año de la universidad, en 1968, me enfermé de hepatitis B y estuve seis meses bastante grave. Perdí un año y

eso me «normalizó», volví a la uni con dieciocho cumplidos y nuevos compañeros. Viví a pleno el Cordobazo, a partir de 1970 fui delegada estudiantil y entré en las células del Peronismo de base. Me aprendí el *Informe a las bases* de John William Cooke de memoria, hice las primeras pintadas y pegadas de carteles. Mis compañeros de célula eran Kitty, una formoseña que lo hacía desganada y solo para darle gusto a su novio, Luis Prol (quien militó después en Montoneros y fue interventor en Catamarca por el escándalo de Soledad Morales), Hugo Quiroga, profesor después en la Universidad de Rosario y del Litoral —con quien nos reencontramos hace poco gracias a Sandra Contreras— y Alberto Oro. Hugo y Nacho se cruzaron fugazmente a fines de los setenta en el subte de París: fue entre dos paradas, el tiempo de un abrazo. El Negro Oro estuvo detenido con Manú y Silvia, según la declaración del «Hoten» (el «Hotentote», Eduardo Porta) en el Megajuicio de La Perla, y, como ellas, fue asesinado. Isabel me contó en San Pablo que Yoyi, la compañera del Negro, se casó con Guillermo al salir él en libertad. *Corsi e ricorsi*, ¿habrán sobrevivido a los fantasmas?

Del peronismo de base pasamos a la izquierda leninista, las discusiones en el comedor universitario y las asambleas, las volantes en puerta de fábrica. Desde febrero de 1972 Nacho y yo íbamos y veníamos entre el célebre edificio Mendoza 235 que ostenta aún los agujeros de balas del Cordobazo, y mi departamentito en Alberdi. Alquilamos luego con Dany y Caty, compañeros de la orga, un departamento en los monobloques del Barrio Juniors, en la calle Arenales, y el abuelo fue garante sin hacer preguntas. Acompañó de cerca nuestra militancia y la de Manú, no discutía política, pero apoyaba y podíamos contar con él. Creo incluso que guardó durante toda la dictadura material de OCPD, porque en el 85 me dijo, sombrío: «Guillermo vino a buscar unas cosas, nunca quise saber qué eran. Se las di en la puerta, pero no lo dejé entrar». Su relación con la ortodoxia católica también era muy personal. Una vez le pregunté si realmente creía en la vida eterna. Se rio y me contestó: «Mira, como tú con la política, yo me subí a este barco y espero que sea el

bueno». En el 74 se desocupó la casa de la abuela de Nacho frente a Redes Cordobesas y, como nos habían allanado ya dos veces en Arenales, Leclef nos casó para que pudiéramos irnos a vivir allí con autorización familiar. A Dany y Caty les gustó la idea que tenía muchas ventajas —regalos de electrodomésticos entre otras cosas—, se casaron antes que nosotros y fueron nuestros testigos del civil pocas semanas después. Recuerdo la sorpresa y la risa de Caty cuando se dio cuenta de que la oficial del registro civil la llamaba a ella cuando repetía «¡Señora de Ciuffo, señora de Ciuffo!». Pero ya no sé si la carita risueña que recuerdo es la de ese momento o la que aparece en los informes sobre la masacre de Monte Grande.²

2 Las palabras escuetas de Wikipedia son las únicas que me permiten hablar del asesinato de Dany y Caty. «Durante la masacre de Monte Grande del 24 de mayo de 1977 militares del Ejército Argentino asesinaron a dieciséis militantes detenidos ilegalmente en el Centro Clandestino de Detención el Vesubio». Entre los conocidos: «Daniel Jesús Ciuffo, médico, militante de Organización Comunista Poder Obrero (OCP O)» y «Catalina Juliana Oviedo Dellagnolo de Ciuffo (n. 30 de abril de 1952). Su cadáver apareció en Monte Grande el 24 de mayo de 1977. El matrimonio de Catalina y Daniel Ciuffo fue secuestrado el 20 de abril de 1977. Esa mañana, Daniel Ciuffo salió de su casa de Castelar con destino a Buenos Aires y ya no regresó. Por la tarde un grupo de personas esperó allí la llegada de su esposa, donde la capturaron y torturaron».

https://es.wikipedia.org/wiki/Masacre_de_Monte_Grande

V. LEUVEN

Cuando le llevé mi proyecto de doctorado al catedrático de Literatura Española de Leuven, Christian De Paepe, descubrí que era un cura. Era mi karma. Era filólogo y lorquista. Le interesó mi proyecto pero para «la teoría» me derivó a un narratólogo, Christian Angelet, quien me pasó un librito de Mieke Bal, genettiana en esa época. Tuve la suerte de que en el mismo lugar del tercer piso del Lipsius —el edificio de Humanidades— donde estaba Románicas, tomaban café también los de teoría literaria y literaturas comparadas. Con ellos me formé, primero en los clásicos —formalismo ruso y checo, historiografía, los tres «B» —Bachelard, Blanchot, Barthes— y *Tel Quel*. Luego, con Joris Vlasselaers —quien fundó en los ochenta el primer Centro de Estudios Culturales Europeo después del de Birmingham— nos dedicamos al análisis de los discursos sociales y a leer todo lo que encontramos del gran B —Walter Benjamin— y de Aby Warburg. Mis compañeros doctorandos fueron también decisivos, sobre todo Koen Geldof, con quien leí Foucault a fondo, Jan Baetens y sus teorías de la imagen y de los géneros menores y Ortwin De Graef, quien descubrió el pasado colaboracionista de Paul de Man y se ligó un comentario ácido de Jacques Derrida. También en esa época se doctoraba en Lingüística —un piso más abajo del Lipsius— Johan Rooryck, el amigo más incondicional de mi vida académica.

Murió mi madre en el verano de 1980 y mi padre un año y medio después, ninguno de los dos llegó a la edad que tengo cuando escribo esto. Estaba sola con Marie, chiquita, cuando me enteré de la muerte de mamá —Nacho estaba de viaje en Italia con mis suegros e Iñaki, yo me había quedado a trabajar en la tesis— y sucedió algo inesperado. Nunca me había sentido cercana a mi madre. De mi infancia recordé siempre su severidad, su aislamiento de lo que la rodeaba mientras leía —que después reconocí no solo en mí, sino en mi nieto Rafael— aunque también mi expectativa cuando ella terminaba una novela, porque me la dejaba leer y después la comentaba conmigo. Desde que se encerró en su enfermedad no hubo ninguna comunicación posible, pero hoy es vívida todavía la sensación de mareo, de estar al borde de un precipicio sin fondo que sentí con su muerte. Sola, sin llorar, abrazada a Marie que dormía y respirándola, en esa cadena material que me mantuvo a flote esa noche, algo faltaba en mi cuerpo definitivamente. Quizás fue la desaparición de Manú otra vez, como dije al principio. Quizás es, simplemente, lo que se siente cuando se pierde a la madre. La muerte de mi padre fue triste pero lo que sentí no puede compararse con ese momento que todavía no puedo entender.

La asistente de mi director de tesis abandonó el cargo en octubre de 1980, yo estaba a mano y me nombraron hasta fines del 85. Hizo falta permiso de trabajo y la universidad consiguió que me lo dieran anualmente. Había que justificar que ningún belga tenía la especialidad que yo aportaba: era, obviamente, la literatura latinoamericana, y De Paepe me permitió introducirla en el programa. Los estudiantes quedaron fascinados —mis genes docentes nunca fallaron— y a partir de ese momento dirigí la mayoría de las tesinas de licenciatura de literatura en español. Mi tesis avanzaba en los momentos que podía: la defendí en marzo de 1985, el manuscrito estaba dedicado a Simón Leclef y viajé lo antes que pude a llevarle un ejemplar. Tenía 86 años y cuando me despidió al subir yo al ómnibus con destino Buenos Aires los dos sabíamos que no nos veríamos más. En Bélgica iba a quedarme sin trabajo en septiembre: mi cargo era de asistente doctorante y yo ya era doctora pero me dieron una

prolongación por dos años. Claudio Guillén, que había estado en mi jurado, me ofreció un cargo de profesor asistente en Harvard, pero sacamos cuentas con Nacho y no alcanzaba el sueldo para una familia de cuatro. Perdí mi ocasión de hablar inglés correctamente pero no lamento en absoluto la decisión.

En marzo de 1986 Liana, mi hermana mayor, me avisó que el abuelo estaba muy mal y que estaba internado en un geriátrico de un pueblo cercano a Valle Hermoso, Molinari. Me enteré después de que estaba en ese lugar desde hacía algunos meses. La institución le pertenecía a la congregación de monjas de San Camilo y él había sido capellán allí. Hoy me estremezco: esas monjas administraron la cárcel del Buen Pastor de Córdoba durante la dictadura y allí estuvieron varias «detenidas especiales». Allí nació y fue apropiado el nieto de Sonia Torres, «abuela de Plaza de Mayo» de Córdoba y una de las monjas, la madre Angélica, sabía dónde estaba. Ella y otras carceleras del Buen Pastor fueron enviadas a Molinari y en 2008 Laura Marrone, quien había estado detenida también, fue a verlas e intentó en vano que le dijeran dónde estaba el nieto de Sonia. La madre Angélica —vaya nombre— estaba perfectamente lúcida pero se llevó el secreto al infierno. A mí me cae una ficha terrible: el capellán Leclef escuchó las confesiones de esas monjas.

El abuelo murió en San Camilo uno o dos días después de que yo supiera que estaba allí. La pena y la culpa por no haber estado con él fueron inmensas, y me doy cuenta, al escribir esto, de que cuando murieron mis padres lo supe también demasiado tarde, cuando ya estaban enterrados. Cada vez que hablamos de la muerte de los tres —mis padres y el abuelo— Liana recordaba gestos, palabras, momentos que atesoraba y en los que yo no había estado. Nunca puse en duda esos relatos pero cuando hablamos hace pocas semanas de la operación de Manú en 1973, fui yo quien comentó unos detalles y ella dijo secamente «no me acuerdo de que estuvieras ahí». Sí, estuve, pero insistió en negarlo, como negó también fastidiada que yo hubiera tenido algo que ver con la militancia de nuestra hermana. Esas dos reacciones que fueron recientes abrieron paso a otros

recuerdos en los que me borró cuando hubo dinero familiar de por medio y en los que, paradójicamente, me culpó a mí. Hay una sentencia que siempre me pareció incomprensible pero que ahora me resulta clara: «hablará muy mal de ti/ aquel que te haya ofendido». Poco importa: lo notable es que a pesar de todo yo seguí visitándola, llamándola y ayudándola *como si se lo debiera*. Mi culpa no apareció sola, pero yo la atesoré y la alimenté. Saberlo no la elimina pero, como dijo María Moreno de Graciela Liffschitz, permite dejar de ser la herida para convertirse en su observación.

Christian De Paepe se había resignado a mi partida pero no los de teoría literaria. Joris Vlasselaers y José Lambert lo apremiaron para que pidiera un puesto fijo para mí y tuvieron el apoyo expreso de todos los profesores del Departamento de Literatura. Lo lograron en septiembre de 1987 pero hubo un obstáculo más: no podía tener un puesto fijo sin ser belga y no podía conseguir la nacionalidad belga sin trabajo fijo. El jefe de personal de la universidad extendió entonces un certificado que cortó el círculo vicioso: académicamente —aunque no todavía legalmente— el cargo era mío. Mi naturalización llegó el 29 de diciembre de 1987, a dos días de terminarse mi contrato interino, mi permiso de trabajo y mi permiso de residencia. A dos días de estar obligada a salir del país.

El 2 de enero de 1988 recibí el nombramiento fijo de profesora asistente firmado por el rector. Pero me llevó un tiempo tomar conciencia de que ya no era Sísifo, por un lado, y de que había decidido quedarme en Europa, por el otro. Los cargos que se habían concursado en Argentina con la vuelta a la democracia a partir de 1984 habían sido cubiertos, pero eso no hubiera sido decisivo si yo hubiera querido realmente regresar. Mi familia y mi vida estaban en Bélgica. Me quedé. Pero a partir de ese momento le dediqué toda mi energía a estar en contacto con América Latina y a conseguir un lugar para los estudios latinoamericanos. Adapté el refrán: si Mahoma no va a la montaña, hay que traerle la montaña a Mahoma.

Yo había descubierto la idea de «América Latina» a principios de los setenta tanto en la universidad como en la militancia cordobesa:

la revolución social corría pareja con la transformación cultural, la música brasileña nos interpelaba y la experiencia chilena fue nuestra, en la ilusión y en la derrota. Pero fue en el exilio donde se convirtió en marca identitaria. En el Beguinaje viví el reconocimiento de la lengua común y de matices culturales que, si bien diferenciaban, nos incorporaban en una comunidad solidaria. Después, transmitir «América Latina» a mis estudiantes europeos fue un impulso ético que incluyó otras luchas de liberación: mis clases sobre los sesenta empezaban con la revolución cubana pero seguían inmediatamente con Frantz Fanon, con Patrice Lumumba, del que los belguitas jamás habían oído hablar, y con Vietnam. Creo que fue algo generacional: fuimos muchos en Europa y los Estados Unidos, exiliados voluntarios o involuntarios, los que sentimos América Latina de la misma manera en esos años y nos fuimos conociendo en congresos, simposios o, simplemente, nos buscamos después de leernos. Algunos se convirtieron para mí en amigos para toda la vida. Pero hay mucho más que la amistad entre nosotros: me atrevería a decir que compartimos una lealtad que es la de los militantes. Vicky Alcalde, joven colega de Leiden, usó esa palabra que me hizo el efecto de un choque eléctrico después de más de cuarenta años de haber dejado Córdoba: «vos no vas a aflojar nunca, Luz. Sos militante».

El primer encuentro de este tipo fue en Poitiers, en un congreso del Instituto de Literatura Latinoamericana con mi «mellizo» Saúl Sosnowski —nacimos el mismo día aunque en años diferentes—, director del Latin American Studies Center de la Universidad de Maryland y de la revista *Hispamérica*, quien fue mi modelo absoluto de todo lo que podía hacerse desde la academia por América Latina. Saúl estuvo presente en mi primer simposio en Leuven, *Literatura y Poder* en 1993, y su espaldarazo fue importante. El segundo fue con Sonia Mattalia, tucumana exiliada en la universidad de Valencia a la que ya nombré dos veces. Ella fundó, contra viento y marea, la Asociación Española de Estudios Hispanoamericanos en 1992. Atesoro una anécdota: me llamó para que fuera a uno de los congresos de esa asociación en Valladolid —«fachadolid», decía ella— y

cuando le dije que no sabía si iba a conseguir dinero para ir me contestó muerta de risa: «¡boba, te estoy invitando como conferenciante principal, gastos pagos!». Fue mi primera plenaria. Los otros conferenciantes eran Juan Villoro y Cristina Peri Rossi, y creo que nunca trabajé tanto en un texto. Nuestras trayectorias fueron idénticas: éramos provincianas que habíamos saltado directamente a una universidad extranjera «sin apostilla de La Haya, vale decir, sin pasar por la Universidad de Buenos Aires», frase que acuñó la cordobesa Roxana Patiño. Nos parecíamos pero su ironía triplicaba la mía. Otra anécdota que siempre recuerdo es cuando dos estudiantes centroamericanas románticas le preguntaron en Leiden «ayyyy, profesora, usted que es especialista en estudios de mujeres, ¿qué piensa del amorrrrrr?» y Sonia contestó, con el acento tucumano que defendió a pesar de décadas en la península: «¡ay, queridas, el amor *abuyye!*!». Son incontables sus momentos de lealtad: estaba ya muy enferma, aunque yo no lo sabía, pero viajó a Leiden para el doctorado de Ana Amado. Era «referente» —algo así como fiscal de un tribunal, el sistema cambió después— y sin su presencia la defensa no podía tener lugar. Cuando le reproché semejante esfuerzo me contestó: «Ana es imprescindible. Hubiera venido en camilla».

Mi tercer *parceiro* —el orden es solamente cronológico— es Raúl Antelo, argentino en la Universidad de Santa Catarina, en Florianópolis (Brasil). Nuestro encuentro fue el más insólito: jóvenes y sin entender el porqué, fuimos invitados a un simposio sobre deconstrucción en Montevideo y compartimos una semiplenaria de igual a igual con Geoffrey Hartman, la estrella de la escuela de Yale. Una vez lo bauticé «el más generoso de los misántropos». Su cortesía era responder los mensajes inmediatamente dándote no solo lo que pedías sino lo que no sabías que necesitabas y ponerte en contacto con la persona indicada. Fue el caso con María Lucía de Barros Camargo, colega de Raúl en Florianópolis, y con Roxana Patiño, a quien mencioné antes, que trabajaba con Jorge Schwartz en São Paulo después de haberse doctorado en Maryland en el Departamento de Saúl. Con estas dos compañeras transatlánticas no

solo compartimos objeto de estudio —éramos las tres devoradoras de revistas culturales y literarias— sino que, como Saúl y Sonia, comprendimos muy pronto que la gestión es el único camino para hacer existir el latinoamericanismo, abrirles espacio a los artistas y colegas, crear lugares de trabajo para los jóvenes y defender y dar a conocer un archivo latinoamericano que se renueva y transforma. También supimos que eso no te lo regala nadie y que es un combate sin cuartel. Las tres fuimos directoras de escuela o departamento: Roxana, Prosecretaria de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Córdoba; Maria Lucia, Pro-Reitora de Pós-Graduação de la Universidad Federal de Santa Catarina; yo, miembro por la Universidad de Leiden de la dirección de la *Nederlandse Onderzoek School Literatuurwetenschap* (Escuela Holandesa de Investigación en Teoría Literaria). La «carrera universitaria» no fue un objetivo en sí para nosotras —ni una lucha por el poder, como muchos creen— sino un arma y había que saber usarla, lo que no fue siempre mi caso.

La primera tarea en Leuven fue sacar los estudios latinoamericanos del ámbito del hispanismo, incluyendo a Brasil. Dentro de la facultad ya lo había conseguido. No solo las clases y tesinas de literatura en español sino también los doctorados, después del mío, fueron sobre literatura latinoamericana: estudiantes a quienes yo había dirigido en su tesina de licenciatura y trabajaron en sus tesis sobre mis temas de investigación en ese momento, narratología y revistas, una de ellas brasileña. Conseguí un subsidio de la universidad para un proyecto sobre revistas culturales con el que pude pagar un asistente por dos años, material y presupuesto de funcionamiento. A nivel nacional fundé ALEPH (Asociación de Latinoamericanistas Belgas), a nivel europeo organicé cursos intensivos con fondos de Erasmus (un programa que financia intercambios) y, finalmente, obtuve un subsidio ALFA (también de la Comunidad Europea) para reuniones de preparación de una red de investigadores y docentes europeos y latinoamericanos, lo que después sería el Erasmus-Mundus.

Me hubiera quedado tranquilamente en el cargo de profesor asistente de Leuven toda la vida porque durante diez años hice lo

que quise. En 1994, sin embargo, mi jefe necesitó reemplazo oficial. No tuve ninguna duda de que la reemplazante sería yo ya que estaba dirigiendo la mayoría de las tesinas y había dictado en su nombre varias asignaturas mientras él indexaba y catalogaba el archivo Lorca en Madrid. Craso error. Me informaron que compartiría el reemplazo con una antigua estudiante que había sido asistente en mi proyecto de revistas, acababa de doctorarse y había sido nombrada «monitora», jefe de trabajos prácticos para cursos de primer año. Sorprendida, porque ese cargo no autorizaba a dictar teóricos, pregunté por qué no se abría concurso si pensaban que había dos candidatas internas. La respuesta fue una nueva lección de la «belgitud» que, hasta ese momento, me había favorecido: «porque ella no tendría ninguna chance». Fue también una nueva manifestación de mi despiste con respecto a lo que sucedía a mi alrededor. Por otro lado, había entrado en la cátedra una investigadora de la Universidad de Navarra —Opus Dei— y solo mi jefe sabía el porqué. La perspectiva de disputar espacios sin conocer las reglas del juego no me seducía y mi reacción fue el *vlan*. No—me—quieren—me—voy.

Tuve suerte: en un año y medio —entre 1995 y 1997— me presenté a tres concursos y los gané, dos de adjunta, en Leiden (Holanda) y en Louvain-la-Neuve (la Lovaina francófona) y, finalmente, de catedrática en Leiden. A veces pienso que lo que sucedió en esos meses fue delirante: o se alinearon los astros o el abuelo se divertía desde una realidad paralela. No hubo concursos para hispanistas durante décadas ni en Bélgica ni en Holanda y *justo* después de diez años de mi doctorado —la antigüedad necesaria para cumplir los requisitos de docencia, publicaciones, dirección de doctorados y gestión— se abren *tres* cargos? Cada vez que gané uno renuncié al anterior. Pero no fue tan simple: no podía abandonar clases ni tesistas de un día para otro, así que en 1996 cumplí con tareas de tiempo completo en las tres universidades, di veinte horas de clase por semana en lugares diferentes y dirigí quince tesinas de licenciatura y maestría. Mis tres doctorandos en Bélgica —pobres— tuvieron que terminar contra el reloj, los capítulos iban y venían sin respiro: en Leuven,

Carlos Capela —quien sería mi director en el Posgrado de Literatura de la Universidad Federal de Santa Catarina (Brasil) veinte años más tarde, *corsi e ricorsi*— y Yasmine Vandorpe, Geneviève Fabry —mi brillante sucesora—, en Louvain la Neuve. Como si fuera poco, encontré *online*, por casualidad, el audio de un seminario de posgrado sobre metodología de trabajo con revistas que di en la Universidad Federal de Santa Catarina en agosto de ese mismo año. No hay vida privada que resista y fue el caso de la mía. Nacho y yo nos separamos. Mis hijos estaban ya en la universidad y podía regresar cada fin de semana a verlos.

VI. LEIDEN

Estuve dieciocho años en Leiden —hasta mi jubilación en 2016— y no tengo reparos en decir que los disfruté, con excepción, claro está, de los meses de la enfermedad y muerte de Jan, mi marido holandés, en 2004. Mi vida con Jan, sin embargo, estrechamente entremezclada con la de la facultad —él era director del Departamento de Lingüística Teórica— fue intensa desde el principio hasta el final y también él la disfrutó. Era chomskyano, no solo en lingüística sino también en política: cuando lo conocí estaba leyendo *501, la conquista continúa* —aunque después confesó que lo había comprado para llamar mi atención— y juntos viajamos más por América Latina en seis años que yo sola durante toda mi vida. Durante su enfermedad yo seguí trabajando: me lo reprochó furioso un colega que, aprovechando la situación, intentó una maniobra que desarticulé: «¿qué estás haciendo aquí en lugar de estar en el hospital con tu marido?». Tuve que reírme porque me recordó una tira de Quino y se lo dije. Guille, habiendo enchastrado una pared, le dice a Mafalda: «cómo, ¿no te habías ido con los viejos voz?». Sí, estaba con Jan todos los días, de cuatro de la tarde a diez de la noche, todo lo que me permitía el servicio de terapia intensiva. Pero por la mañana estaba en la facultad y es lo que él hubiera querido.

La anécdota con mi colega demuestra que era imposible distraerse un minuto de la gestión del Departamento de Lenguas y

Culturas de América Latina. Ocupábamos un lugar poco claro en la estructura de la Facultad de Humanidades que en los años noventa estaba dividida, con un criterio claramente colonial, en dos grandes áreas: *Westerse Studies* [Estudios Occidentales] y *Niet-Westerse Studies* [Estudios no Occidentales]. Nosotros y los otros, parece una broma pero no lo era. Esa división determinaba la estructura de los departamentos y de los programas y, en consecuencia, la distribución del personal y de fondos. En los departamentos occidentales los programas tenían un fuerte componente de enseñanza de lengua porque los textos primarios y secundarios se leían en lengua original: eran parte de la civilización que había que conocer. Nuestro departamento había sido incluido entre los no-occidentales y en ellos no se hablaba de civilizaciones sino de culturas; se enseñaban las lenguas de la región solo para poder comunicarse con los «indígenas» cuando se hacía trabajo de campo. Las clases y la bibliografía eran en neerlandés o inglés; a nadie se le ocurría que hubiera producción intelectual en las lenguas locales. A mí, que llegaba con mi Fernando Ortiz, mi Ángel Rama y mi transculturación fresquitos, se me ponía la piel de gallina. Mi esfuerzo pasó entonces, principalmente, por conseguir un nivel de enseñanza de lengua que permitiera que los estudiantes pudieran seguir clases en castellano o portugués desde el segundo año y leer a los pensadores de la región.

Los momentos críticos que tuve que timonear fueron muchos: elegí aquí uno particularmente cómico porque la batalla fue con mi propio marido y también porque fue mi mejor lección sobre las diferencias culturales insalvables. Necesitábamos un adjunto de lingüística y la sorpresa del concurso fue la aparición del investigador holandés más brillante del momento, especialista en lenguas mixtas (o «en contacto», como el papiamento). A pesar de nuestra admiración por su trayectoria, no lo elegimos porque necesitábamos un especialista en lingüística aplicada al español y/o portugués de América Latina que dirigiera la sección de lenguas. La facultad ignoró el dictamen y el genio, de un plumazo, fue nombrado catedrático —y no adjunto— en nuestro departamento completando su salario

con puntos cedidos por el Departamento de Lingüística Teórica dirigido por Jan. Nos lo presentaron como un premio y yo tuve que tragarme el sapo con una sonrisa agradecida. Descubrí muy pronto, además, que había sido idea de Jan: para los lingüistas de la facultad y para la universidad era una adquisición magnífica.

Frente a mi indignación por haberme ocultado la maniobra, la respuesta de Jan fue implacable: «*Mevrowtje* [mujercita], si sos jefe de departamento y tenés una política contraria a la mía te combato como a cualquier adversario». Lealtad y calvinismo no van juntos, basta con leer a Weber: hay que defender los propios intereses, lo contrario es una falta moral. Jan era ateo y de izquierda, pero el protestantismo, como el catolicismo, es una forma de vida. Cuando le pregunté por qué no me había dicho nada de su proyecto me contestó riéndose «porque lo hubieras impedido». Lo tomé como un cumplido y me dije que tenía que merecerlo.

Al gran investigador no le hacía ninguna gracia ocuparse del programa ni de los docentes de las secciones de español y portugués ni dar clase en esas lenguas. Esperé un par de meses y, cuando estaba bien harto, le sugerí que, ya que parte de su salario venía del departamento de Jan, que trabajara medio tiempo allí y medio con nosotros. El otro medio tiempo que quedaba libre en nuestro departamento podía usarse para nombrar a un profesor asistente que se ocupara de lo que él no tenía ganas de hacer. La idea le encantó. Jan y el decano estuvieron completamente de acuerdo pero, al mes, ardió Troya. El genio quiso modificar, de entrada, el programa de Teoría según su línea de investigación. Jan vio rojo y dio batalla: dos gallos en el mismo gallinero, como yo había previsto. El desenlace fue rapidísimo: el reciénvenido se fue a otra universidad menos complicada por decisión propia.

Los intercambios de nuestro departamento con América Latina se multiplicaron. He perdido la cuenta de los profesores que fueron y vinieron, de los estudiantes nuestros que hicieron estadías de lengua y de maestría en las Universidades Nacionales de Córdoba y La Plata, en la Federal de Santa Catarina, de los doctorandos

latinoamericanos en Leiden, de las jornadas y simposios que organizamos (creo que lo más gráfico es enumerar los nombres que recuerdo).³ Absorta en la dirección del departamento —la defensa del nivel del portugués y del español, las pulseadas por el personal con la facultad— mis clases, mi investigación y la de mis doctorandos, no presté la suficiente atención, sin embargo, al cambio en la política holandesa con respecto a América Latina.

Cuando llegué a Europa, en Holanda gobernaban los socialistas —el Partij van Arbeid— y en 1978, cuando se discutía el boicot al Mundial de fútbol en Argentina, Liesbeth van Uyl, la mujer del ministro presidente, sostuvo que para denunciar la dictadura había que aprovechar la oportunidad de ir a Argentina porque era la ocasión de ver lo que pasaba y hacerlo público internacionalmente. Nadie pudo frenarla. Se fue a Buenos Aires, llevó la prensa y marchó con las Madres en Plaza de Mayo durante todos los jueves del mundial. Lo sé de primera mano porque me lo contó Estela de Carlotto cuando Amnesty las trajo a Amsterdam en los noventa, a ella y a otras madres, y yo las llevé a Leiden. Era la segunda vez que venían, me dijo Estela: Liesbeth las había invitado después del mundial y consiguió fundar en ese momento una plaza, la *Dwaze Moeders Plein* [Plaza de las Madres Locas] y la Asociación de Apoyo a las Madres de Plaza de Mayo.

3 Iván Almeida, Ana Amado, Raúl Antelo, María Lucía de Barros Camargo, Paula Bertúa, Sonia Bierbrauer, Matías Borg Oviedo, Vittoria Borsó, Bruno Bosteels, Miguel Caballero Vázquez, Mario Cámara, Nancy Calomarde, Carlos Capela, Patrick Collard, Constanza Ceresa, Diego Cervelin, Sandra Contreras, Rose Corral, Maarten van Delden, Santiago Deymonnaz, Nora Domínguez, Enrique Foffani, Geneviève Fabry, Evelyn Fishburn, Patricio Geli, Carlos Gómez Camarena, Giorgio Gilson, Djelal Kadir, Claudia Kozak, Francisco Lasarte, Claudia Lima, Rita De Maeseneer, Silvana Mandolessi, Jesús Martín Barbero, Ángeles Mateo del Pino, Larissa Costa da Matta, Sonia Mattalia, Cristian Molina, Italo Moriconi, Andrea Pagni, Cristina Parodi, Roxana Patiño, Ena Lucía Portela, Gloria Prado, María José Punte, Ana Chiara Resende, Oscar Reymundo, Adriana Rodríguez Pérsico, José Ramón Ruisánchez Serra, Luciana Sastre, Beatriz Sarlo, Enrique Schmucler, Susana Scramim, alumna María Simon, Silvia Sigal, Paula Siganevich, Saúl Sosnowski, Christina Soto Van der Plas, Claudia Torre, Alejandra Torres, Tècia Vailati, Tamara Williams, Iris Zavala, Raúl Zurita (solo enumero los que vinieron a Leiden; la lista de Leuven haría esta nota interminable. De todos modos, cito algunos: Milagros Ezquerro, Claudia Gilman, Blas Matamoro, Graciela Montaldo, Andrea Pagni, Silvia Sigal).

También gobernaban los socialistas en el 2000 cuando el príncipe heredero quiso casarse con la hija del Secretario de Agricultura y Ganadería del gobierno argentino de la dictadura. El Ministro–Presidente Wim Kok le encargó a nuestro catedrático de historia, Michiel Baud, que investigara el grado de responsabilidad en el genocidio del futuro suegro del futuro rey. El informe de Baud —que fue publicado también en castellano— demostró que era imposible que el Secretario en cuestión no hubiera estado al corriente de lo que sucedía: el padre de la novia no pudo venir al casamiento. En nuestro departamento estaba muy claro, en esa época, cuál era la América Latina que representábamos. Poco después de darse a conocer su investigación Michiel Baud asumió como catedrático en la Universidad de Amsterdam y una adjunta brasileñista dirigió la sección de historia durante dos años. Ella era, a mi juicio, la candidata más indicada para ocupar la cátedra, pero quien vino fue un politólogo de la Facultad de Ciencias Sociales.

El nuevo colega —el que me criticó después por no estar en el hospital con mi marido— asumió en 2002. Era un chileno que estaba en las antípodas de mi línea de trabajo tanto ideológica como académicamente. Cambió de entrada el programa de historia pero no podía interferir en las secciones que yo dirigía, vale decir, todas las demás. Sistemáticamente, sin embargo, organizó y publicitó actividades para presentar a Chile como «la otra Latinoamérica»: un país pujante y moderno que podía tener relaciones comerciales de igual a igual con Europa. Creó una cátedra «Andrés Bello» para profesores chilenos invitados y, en 2005, trajo para inaugurarla a Isabel Allende sin pedirme opinión aunque yo era la responsable de literatura. En 2006 invitó a la princesa heredera consorte —cuyo padre había sido cuestionado— a hablar de microemprendimientos con nuestros estudiantes y estuvieron presentes el rector y la plana mayor de la universidad. A mí, sus preferencias me daban vergüenza ajena y no podía tomarlas en serio, pero me equivocaba: era lo que lograba más resonancia, lo que los holandeses querían ver y oír. Poco a poco mi colega se convirtió en el interlocutor de las autoridades y de la Corona.

La orientación internacional holandesa cambió mucho a partir de 2010 durante los gobiernos de Mark Rutte, liberal conservador. La América Latina que interesaba ya no era la de la lucha por los derechos humanos sino la que podía perfilarse como mercado rentable y, en Leiden, quien estaba haciendo contactos en ese sentido era mi colega catedrático. En 2008 fue director de la tesis de doctorado en Humanidades de José Joaquín Brunner,⁴ reconocido analista de la privatización de los estudios superiores, docente de la Universidad Diego Portales (UDP): varias de sus publicaciones giran en torno a la relación entre la universidad y el mercado. El rector de la UDP, Carlos Peña, influyente columnista de *El Mercurio* cuyas opiniones contra la gratuidad universitaria son de público conocimiento, fue catedrático visitante «Andrés Bello» en Leiden en 2014–2015.

Las contradicciones ideológicas entre los docentes del departamento se agudizaron y los estudiantes escuchaban versiones completamente diferentes de los mismos acontecimientos, en clase y en las conferencias de los invitados: fue el caso, entre otros, de la explosión estudiantil y social chilena de 2011. Nadie cuestionó nunca, sin embargo, la libertad de expresión académica. El tsunami que desencadenó el desenlace en 2015 fue provocado por un conflicto minúsculo. Una mariposa, como en la teoría del caos: problemas en torno a las notas finales de una asignatura. La facultad nombró una auditoría para investigar lo que estaba pasando. Al cabo de un año, nos informaron que nos retiraban todas las responsabilidades de gestión a los dos catedráticos y a la adjunta y que la nueva directora del departamento sería una asistente de literatura —holandesa— de mi equipo.

Al día siguiente me enteré de que yo, a diferencia de mi colega chileno, no solo debía dejar la gestión sino también mis clases y toda actividad en el departamento. Faltaba un año para jubilarme y me otorgaron un sabático, el sueño irrealizado de la mayoría de mis

4 Brunner se doctoró en Leiden en 2008, pero era una figura de gran presencia académica mucho antes. Wikipedia refiere a sus diplomas y a un cuestionamiento en 2007 al respecto. https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Joaqu%C3%ADn_Brunner

colegas. También recibí un presupuesto para viajes de investigación y otro para un simposio, además del título de Profesora Emérita al llegar la fecha oficial y todas las facilidades administrativas de los profesores en actividad, de por vida. Por consejo de dos amigos y colegas lingüistas, Roberta d’Alessandro y Johan Rooryck —mi gran compañero desde Leuven—, agradecí y salí de la escena como una dama. Después de todo, era mi lema: cuando–no–me–quieren–me–voy (salvo que, esta vez, el portazo no lo daba yo). Lo que más lamenté es que estaba preparando la sobrevivencia de mi cátedra que estaba bien encaminada pero que quedó trunca. Me pregunté muchas cosas sobre lo que había pasado al mismo tiempo durante los últimos años pero solo puedo constatar lo que sucedió después de irme.

Por lo que sé, se suprimieron los acuerdos con universidades públicas argentinas, las estadías de los estudiantes son en la Universidad Diego Portales y hay un doctorado conjunto de esa universidad con la de Leiden. El rector Carlos Peña ha sido nuevamente profesor visitante en 2022 y, por lo que veo en internet, ha editado recientemente dos compilaciones de artículos con mi ex-colega sobre la revuelta de octubre de 2019 en Chile (en español) y sobre el gobierno de Gabriel Boric (en inglés). Mi cátedra fue eliminada, se nombró a un economista y tanto él como la profesora asistente de literatura brasileña dan clase en inglés. En cuanto a la formación ideológica de los estudiantes, la transformación había comenzado antes de mi partida. El mejor testimonio es un texto bello y melancólico que mi colega uruguayo Gabriel Inzaurrealde publicó en Facebook. Se llama «Nocturno de Leiden» y es de abril 2016, yo estaba oficialmente aún en actividad, aunque en sabático. Citarlo me remite, inevitablemente, a cierto mediodía en Córdoba en el 73 cuando escuchamos el golpe de Pinochet por los parlantes de la Facultad de Ciencias de la Información.

El último tema es Chile. Hoy mismo es el día de las intervenciones de los estudiantes. Alguien empieza hablando de la «dictadura de Allende». ¿Perdón? Querrás decir de Pinochet, le corrijo... «No, no; me refiero a la dictadura de Allende». Entonces pregunto a todo el grupo: ¿El gobierno

de Allende entre 1970 y 1973 fue una dictadura? La mitad dice sí, unos con la voz, otros con la cabeza. La otra mitad (la progresista digamos) dice: «sí y no». ¿Sí y no? Pregunto a mi vez. «No por haber ganado limpiamente las elecciones, sí por socialista o comunista», me contesta el más enteradillo. «Violentó los derechos de la propiedad agraria, por ejemplo», me explican. «Creó una situación de hiperinflación», me explican. «Dividió al pueblo de Chile» me explican, «cerró la economía y así provocó el golpe». Todos me explican. (...).

Perdóneme Salvador, no se crea que no expliqué, que no conté. ¡Todo audiovisual Salvador! Con los avanzados medios de esta época que usted ni imaginó don Salvador, se lo juro. Llevo meses mostrando fotos, videos, textos. Vieron el coche hecho bolsa del general Schneider, el del general Prat, la guitarra de Víctor Jara, el Estadio Nacional, los versos de Neruda, el bombardeo a La Moneda, los papeles desclasificados de la CIA, los gorilas uniformados de Patria y Libertad, las fotos de más de 3.000 desaparecidos, las cuentas bancarias de Pinochet, los lentes rotos del presidente, sus lentes rotos, Salvador, sus lentes rotos... (...)

Regreso al aula armado de paciencia y paracetamol. Quiero empezar a explicar, a relativizar, a matizar. A sembrar la duda en el lenguaje de este país, en el lenguaje de este tiempo. Pero no puedo Salvador.

Simplemente clausuro la clase y mientras voy hacia la salida doy instrucciones precisas para el trabajo final: quien escriba el sintagma «dictadura de Allende» pierde cuatro puntos de diez. Por fin un alboroto: «¿Qué? ¿Cómo? ¿qué significa esto profesor?».

Significa *Diktatur des Proletariats* mijito. Bay, bay.

[Perdóneme Salvador]

VII. EL VÓRTICE

«El enemigo no deja nunca de ganar», dice Walter Benjamin. Les Luthiers, más concretos, cantan «¡Perdiiiiimos, otra vez!». Pero una vez más se abrió una puerta en el momento justo. No creo en las brujas pero que las hay, las hay, y una de ellas es María Lucía de Barros Camargo. Ella me avisó que había un concurso de profesora visitante, por cuatro años, en la Universidad Federal de Santa Catarina. Dudé un poco, porque cuatro años y solo tres visitas anuales a mis hijos y nieto —solo Rafael en ese momento, vendría Mateo después— me parecía demasiado, pero el deseo era irresistible. Concurse y gané, como en los viejos tiempos. Había dado clase varias veces en América Latina como visitante en estadias breves pero esta vez era profesora de planta: «servidor público» como se llama en Brasil. Además de María Lucía, varios colegas eran amigos queridos: Raúl Antelo, Susana Scramim, Carlos Capela —quien había sido mi primer doctorando en Leuven— y otros me recibieron con los brazos abiertos. Los estudiantes tenían un nivel al que ya no estaba acostumbrada y fueron un desafío que me obligó a desempolvar neuronas. No tenía ninguna obligación administrativa o de gestión.

Durante los dos primeros años la vida en la *ilha da magia* superó todo lo que hubiera podido imaginar y viajé regularmente a Bruselas y Argentina. Cuando estalló la pandemia, sin embargo, quedé

atrapada en Brasil de la noche a la mañana. Vivía cerca de la facultad y de las casas de mis amigos, pero en la Florianópolis bolsonarista las medidas de protección eran desafiadas abiertamente y los respiradores no daban abasto, así que mi autoaislamiento fue total. El departamento donde vivía en Itacorubi tenía una vista maravillosa a la montaña pero me sentía en una jaula. Solo me atrevía a salir a caminar a las seis de la mañana y el edificio estaba rodeado por un geriátrico, un crematorio y un cementerio: los paseos no eran muy estimulantes. A pesar de las dificultades que implicaba y del terror al contagio en esos primeros meses del Covid, no lo pensé dos veces y me mudé a Campeche, cerca de la playa. Fueron meses serenos y luminosos. Retomé las sesiones con mi analista de Bruselas que aceptó hacerlas *online*; seguí con mis clases, charlas, reuniones y simposios también *online*, leyendo y escribiendo y, en mis larguísimas caminatas por la playa al amanecer, me divertí armando reportajes fotográficos con gran protagonismo de «mi» garza Lily. Nunca sabía si iba a verla pero aparecía todos los días, a veces la divisaba de lejos, a veces aterrizaba a mi lado, pero siempre me acompañaba y, por momentos, posaba para mi cámara. Sus movimientos imprevistos, su libertad, la alegría de sus juegos en el mar me incluían y, de manera extraña, los reconocí.

En abril de 2021 mi hija Marie me convenció de que regresara a Bélgica, y estar con hijos y nietos valió ampliamente el terror de tener que pasar —disfrazada de astronauta— por cuatro aeropuertos. Lo primero que vi cuando volví a Leiden para vender mi casa fue que habían demolido el complejo del Witte Singel, el grupo de edificios donde había funcionado el Departamento de América Latina. El cliché es inevitable: de mi trabajo solo quedaba polvo. Pero encontré otro razonamiento mejor, más reconfortante: mi propósito de 1987, abrir un lugar para el latinoamericanismo, no se había cumplido en el espacio —era más que obvio— sino en el tiempo porque treinta y cinco años más tarde, en casi todas las universidades de Bélgica, en varias de Holanda y en algunas de Estados Unidos, Brasil y Argentina, los profesores de literatura en castellano —además de

los brasileñistas y los que se dedicaron a otras prácticas, como el psicoanálisis o el teatro— son latinoamericanistas y fueron alumnos míos y, más aún, alumnos de alumnos. Más allá de los balances, no se trata de «lo» que pude haber hecho bien o mal. El título de mi conferencia de despedida de Leiden, «I did», no es transitivo en inglés: es el hecho mismo de actuar, contra viento y marea. Como Lily y sin pensarlo. Como Manú.

Pero hay más cambios. En Leiden hay poemas en las paredes, en sus lenguas originales, y en una esquina de mi camino cotidiano a la facultad estaba pintado un soneto de Borges, «El Ápice», que siempre me produjo desasosiego. Era el plazo que se estaba cumpliendo inexorablemente, a pesar de mi huida hacia adelante, que pareció concretarse con mi salida de Leiden y la pandemia en Brasil:

No te habrá de salvar lo que dejaron
escrito aquellos que tu miedo implora;
no eres los otros y te ves ahora
centro del laberinto que tramaron
tus pasos. No te salva la agonía
de Jesús o de Sócrates ni el fuerte
Siddharta de oro que aceptó la muerte
en un jardín, al declinar el día.
Polvo también es la palabra escrita
por tu mano o el verbo pronunciado
por tu boca. No hay lástima en el Hado
y la noche de Dios es infinita.
Tu materia es el tiempo, el incesante
tiempo. Eres cada solitario instante.

En el Witte Singel sacaron los techos de los edificios pero las paredes exteriores quedaron, como en una tramoya teatral, y eso me recordó el dibujo de un ratoncito que camina por encima de las paredes de un laberinto, preguntándose por qué no se le ocurrió antes salir por arriba. Unos pasos más lejos, la sorpresa fue mayor: el

soneto mala onda había desaparecido. Es raro que borren uno de los poemas en Leiden, ¿Por qué precisamente «El Ápice»? El laberinto por excelencia se había esfumado y comprendí que el mío también. Desapareció en el mismísimo punto ciego en el que el ápice se convirtió en un vórtice y yo amanecí en Campeche, sin deuda.

Si soy «cada solitario instante», me parece muy bien. Como comprobé durante la pandemia, siempre estaré cerca de los que me importan y a los que les importo. Estoy rodeada por una familia que ha ido creciendo, aunque no precisamente del modo más tradicional. Lo mismo se puede decir de mi pareja y mis amigos y cada minuto con mis nietos vale más que el Taj Mahal. Me siguen dando viarazas como la de cruzar el Atlántico solo para caminar por la playa de Campeche, estar con alguien o ver una obra de teatro. Y sigo despistada sin enterarme de lo que pasa al lado mío, como una intervención policial en la fontana de Trevi mientras yo me sacaba la foto y tiraba la monedita.

¡Se acaba! grita el bastonero del pericón nacional, una danza folklórica argentina que adoro. Se acaba el testimonio del exilio y se acaba el exilio gracias al testimonio. Difícil encontrar un «chan chan» como en los tangos porque no quiero cerrar nada, pero otra cita, reflejo invertido de la de Don Juan, me permite terminar sin terminar. Es la de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, aunque espero no comer tierra demasiado pronto. Mañana será otro día.

ÍNDICE

3	UN TESTIMONIO <i>FIADO</i> . ROXANA PATIÑO
6	I. MARCAS
10	II. MANÚ
21	III. LOVAINA ERA UNA FIESTA
26	IV. GENEALOGÍAS
35	V. LEUVEN
44	VI. LEIDEN
52	VII. EL VÓRTICE



LUZ RODRÍGUEZ CARRANZA

(Córdoba, Argentina) Se doctoró en Letras Románicas en la Universidad de Lovaina (K.U.Leuven, Bélgica). Es profesora emérita de literatura latinoamericana de la Universidad de Leiden (Países Bajos). Fue profesora adjunta en las dos universidades de Lovaina en Bélgica (K.U.Leuven, neerlandófono, y U.C.Louvain, francófono) y catedrática en la Universidad de Leiden donde también fue directora del Departamento de Estudios Latinoamericanos y

miembro del Consejo directivo del Instituto de Teoría Literaria de los Países Bajos. Fue profesora visitante en las Universidades de Valencia, España (2003), Iberoamericana de México (2010) y Federal de Santa Catarina, Brasil (1996 y 2018–2022). Es autora de *Un Teatro de la Memoria* (1991), *Interpelaciones, Indicios y fracturas en textos latinoamericanos* (2019) y editora, en colaboración, de *Literatura y Poder* (1995), *Reescrituras* (2004), *Imágenes y Realismos en América Latina* (2014) y *Lazos: desgarraduras y vínculos en el arte y la cultura latinoamericanos* (2019). Su investigación más reciente es sobre un autor de teatro argentino: el libro *¿Qué triste es la prudencia! La obra de Rafael Spregelburd* está en revisión final.

COLECCIÓN **TESTIMONIOS**

dirigida por Daniela Gauna

Huellas ante el olvido.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Rodríguez Carranza, Luz

No hay plazo que no se cumpla : ética de un
exilio / Luz Rodríguez Carranza ; Prólogo de
Roxana Patiño. - 1a ed - Santa Fe : Universidad
Nacional del Litoral, 2024.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera / Analía
Gerbaudo ; Testimonios)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-401-6

1. Memoria Autobiográfica. 2. Literatura
Testimonial. 3. Ensayo. I. Patiño, Roxana,
prolog. II. Título.

CDD 808.8035

©Luz Rodríguez Carranza, 2024.

© del prólogo: Roxana Patiño, 2024.

© de la editorial: Vera cartonera, 2024.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional